L INFIERNO
RIO

2
SETAS

TALIA

LEYENDA GALLEGA
en
DOS JORNADAS

H. RUIZ DE LA FUENTE

Lopezalonso

HORACIO RUIZ DE LA FUENTE

EL INFIERNO FRIO

LEYENDA GALLEGA EN DOS JORNADAS



ORIGINAL



TALIA

AÑO IV -:- Madrid, 1943 -: NUM. XLVI

E. DE MIGUEL - HUERTAS, 55
TELEFONO 17210
MADRID

6

A Tomás Borrás,
con gratitud.
R. de la Fuente

Madrid 6/9/43

PROLOGO

Antes de levantarse el telón, uno de los actores se dirige al público:

Señoras, señores:

Vengo a decirles, en nombre del autor, que esta obra, **EL INFIERNO FRIO**, es una leyenda escenificada, una fábula, un cuento para mayores que no tiene otra finalidad que entretenerles y darles a conocer algunas costumbres de la dulce Galicia.

Sabido es que en las leyendas ocurren cosas muy peregrinas, sin escándalo de nadie. Que nadie se asombre, pues, de que la pavorosa procesión de la "Santa Compañía" figure en el reparto y que lo acepten en su estricto significado: una leyenda, una narración escenificada en dos jornadas.

Y ya recalcada esta circunstancia, la gratitud del autor y su deseo de que no se aburran ustedes excesivamente.

PERSONAJES

JAIME SANTURCE.

ISABEL DE ABELENDA.

PILAR DE ABELENDA.

DOÑA REMEDIOS.

DON LOUQUIÑAS.

DON PERFECTO (a) "FALA-POUQUÑIO".

DON MANOLIÑO (a) "VOTA PO L'A BOCA".

ENRIQUE HINOJOSA.

TIO ANDRES, "EL MEIGO".

LA SANTA COMPAÑA.

CHINTO D'A NACHA.

MILUCHA.

COROS.

PAREJA DE BAILE Y GAITERO.

Acción: una aldea gallega.

Epoca: actual.

ACTO PRIMERO

Planta baja de una casa de labor, acomodada. Al foro, una puerta, ancha, que deja ver un sendero que la cruza y, más al fondo, un paisaje de pinos. A la derecha una puerta que conduce al interior. A la izquierda, una gran chimenea de campana con banquillos a su alrededor; pendiente de una cadena, el tradicional pote de hierro. Casi en el centro de la escena, una artesa, grande, que hace los oficios de mesa. Cerca, un sillón confortable, sillas, algún apero de labranza.

ESCENA PRIMERA

La escena sola un momento. Por la derecha sale JAIME, apretándose las manos con angustia, y detrás, ENRIQUE HINOJOSA, fumando.

ENRIQUE.—¡Vamos, vamos, hombre! ¡Hay que sobreponerse!

JAIME.—(Retorciéndose las manos.) Se me muere... ¡Se me muere, Hinojosa!

ENRIQUE.—Aun es posible que reaccione... (Jaime lo mira, ansioso.) Es muy difícil, dificilísimo, claro, pero...

JAIME.—No. (Moviendo la cabeza.) Cada vez está peor y es inútil que trate de engañarme... Tengo que aceptar la idea, seguir aceptando la idea: se muere, Enrique. (Dando unos pasos por la escena.) Sus manos, sus pobres manos afiladas...; ¡ya las veo cruzadas! Y sus ojos, que aun me miran, pronto se apagarán también. ¡Es terrible esto! (Enrique le hace un gesto de impotencia.) Dime, Enrique: ¿tardará mucho en... en?...

ENRIQUE.—...¿en morir, quieres decir? (Encogiéndose de hombros.) Pues no lo sé, chico... No creo que sea inminente, de todas formas; aun puede vivir algún tiempo más... ¡No mucho, sin embargo!

JAIME.—(Con angustia.) ¡Esto es terrible! La muerte... Oye: ¿por qué moriremos? ¿Por qué vivimos? (Enrique se encoge de hombros. sonriente.) No; no lo sabemos... ¡Qué angustia siento a veces, si vieras! (Dando unos pasos excitados.) ¿Sabes qué es, Enrique? (Ante un gesto.) Que yo también tengo que morir, que puedo morir... (Con júbilo.) ¡cuando quiera!! (Sonriendo, nervioso.) ¿Comprendes, Enrique? ¿Comprendes?

ENRIQUE.—(Mirándolo, atento.) Me parece que sí, que comprendo... Pero tú no harás eso: sería una tontería, Jaime... (Agarrándolo por los hombros.) Hay que aguantarse ante lo irremediable... ¿Qué se le va a hacer?

JAIME.—(Riendo tenuemente.) Pues lo pensé, sí. Verás... Atiende. ¿Por qué se muere ella?

ENRIQUE.—¡Hombre, porque!...

JAIME.—(Nerviosamente.) ¡No! No; no es eso... Te lo voy a preguntar mejor: ¿por qué se "me" muere? ¡A mí! ¿Comprendes ya? (Ante un gesto.) ¿No? Pues... Pues verás: ¡se "me" muere porque yo sigo viviendo! (Riendo tenuemente.) Porque los muertos mueren para los vivos, pero..., ¡pero viven para los muertos! (Anhelante.) ¿Qué? ¿Comprendiste ya? (Enrique hace un gesto de afectuosa burla.) ¡Sí, Enrique, sí! Por eso puedo yo soportar esto... (Dando unos pasos nerviosos.) Sus manos tan blancas, tan hermosas, pronto estarán cruzadas, quietas... Y las mías... (Mirándolas.) Pero ¿es que las mías son eternas, vivas siempre? (Con sutil alegría.) ¡No! También tienen que tener el mismo gesto... (Cruzándolas sobre su pecho.) La misma blancura, el mismo destino... (Riendo tenuemente.) ¡Oh, qué consolador es esto, si vieras! Ya ves, Enrique: ya estoy contento... Ya puedo reirme con ella, seguirla engañando... Oye: ¿verdad que no se da cuenta de su estado?

ENRIQUE.—No creo. Esa enfermedad se caracteriza por su euforia... final. (Cogiéndolo por los hombros.) Eso debe consolarte, Jaime: ella no sufre... En fin, hay que tener ánimo, mucho ánimo. (Sonriendo.) ¿Y qué? ¿Preparas algo nuevo?

JAIME.—No. Con esto... ¡figúrate! Tengo casi terminada una novela grande... Y un libro pequeño de versos... El que empecé antes de la enfermedad de Isabel, pero... ¿para qué ya?

ENRIQUE.—¡Hombre! Para ganarte un montón de pesetas, que nunca vienen mal.

JAIME.—¡Bah!

ENRIQUE.—(Sonriente.) Sí: el magnífico desdén por el dinero... ¡Muy de poeta ese desdén! ¡Si tuvieras que andar subiendo escaleras todo el día, como yo!

JAIME.—¿Y la clínica?

ENRIQUE.—Nada más que regular, chico. Y es que la medicina general no tiene campo; hay que especializarse en algo, y ahora aprovecho estas vacaciones para empollar psiquiatría a todo pasto... ¡Ahí sí que hay asunto! Una casa de salud bien organizada, da dinero.

JAIME.—Ya sabes que si precisas algo para la instalación y todo eso...

ENRIQUE.—(Cogiéndolo por un brazo.) Gracias, Jaime... (Sonriendo.) Creo que se me van a arreglar las cosas... No sé si te lo dije, que estoy en relaciones con la hija de Roura, un fabricante de mosaicos... ¡Un tío podrido de dinero, chico!

JAIME.—Pero... ¿reñiste con tu novia?

ENRIQUE.—(Riendo.) No, hombre... ¡Qué va! Lo que hago es compatibilizar las cosas (Con ironía.) Lo que para ti sería un dilema, para mí no lo es, ni mucho menos: puedo casarme con la hija de Roura y..., ¿comprendes? (Mirándolo con ironía.) Claro que esto te parecerá... repugnante, ¿no? Pero es que careces de sentido práctico, Jaime, aunque es verdad que no lo precisas... Yo tampoco lo tendría si tuviera el dinero que tienes tú.

JAIME.—(Sonriendo y mirándolo.) Puede que tengas razón.

ENRIQUE.—¡Claro que la tengo! Estoy ya cansado de luchar; otros, sabiendo muchísimo menos que yo, están ricos ya, con clínicas a todo trapo.

JAIME.—(Sonriendo.) Llegarás, Enrique. ¡Llegarás! (Pequeña pausa.) ¡Ah! En los días que llevas aquí aun no tuve ocasión de darte las gracias por haber abandonado todo aquello y venir a este rincón...

ENRIQUE.—(Sonriendo.) Las gracias a ti.

JAIME.—¿Y qué? ¿Te gusta mi tierra, la dulce y melancólica Galicia?

ENRIQUE.—¡Se come estupendamente, chico! (Levantándose y yendo hacia el foro.) Y es hermoso este paisaje, muy hermoso, aunque algo tristón... ¿No te parece?

JAIME.—Sí: todo es dulzura, silencio, quietud... Aquí la tierra es madre callada; sonríe en el verano con su cielo apagado, que es como una sonrisa llena de tristeza jubilosa,

y en invierno, con sus nieblas y su orballo parece llorar sobre nosotros, mansamente, el dolor de habernos creado.

ENRIQUE.—No es muy original eso... ¡Para un poeta de tu calibre, quiero decir!

JAIME.—(Sonriendo.) Es verdad que no es muy original... Pero es sencillo, espontáneo... Se me ocurrió ayer en el cementerio... ¿No viste qué hermoso, y qué sencillo, y que espontáneo es nuestro pequeño cementerio? (Riendo tenuemente.) Tienes que ir a verlo, Enrique: es acogedor y... y confortable.

ENRIQUE.—(Sonriente.) ¿Tú crees?

JAIME.—¡Ah, otra cosa! Ya sabía yo que tenía algo que decirte... (Sonriendo, un poco confuso.) Tengo que pedirte un favor.

ENRIQUE.—¡Hombre! No necesitas pedirme favores: me dices lo que sea y...

JAIME.—(Apretándole un brazo.) Ya sé, Enrique... Pues mira: hoy va a venir un... un curandero para ver a Isabel... (Sonriendo.) Son cosas de su madre, comprendes?

ENRIQUE.—(Moviendo la c a b e z a .) Pero, hombre... Jaime!

JAIME.—(Sonriendo.) Ya sé. ¡Ya sé que son tonterías! Son cosas de la madre... Aquí tienen mucha fe en todas esas cosas... (Enrique sonríe, moviendo la cabeza.) ¿No te molestará, verdad? (Enrique se encoge de hombros.) Te lo agradezco... Dice que hacen curaciones prodigiosas...

ENRIQUE.—(Cogiéndolo por los hombros.) Escúchame, Jaime: no hay que perder la cabeza. Ya en tus cartas creí observar ciertos trastornos psicográficos, algunas cosas raras: esos cantos, esos himnos a la muerte... (Moviendo la cabeza.) Me parece que tu personalidad se está erosionando, que es como decimos los psiquiatras... En serio, Jaime: siempre fuiste un exaltado, un predispuesto... (Sonriendo.) Y vas derecho a un trastorno de la efectividad. Tienes que reaccionar contra esa ansiedad, contra ese dolor excesivo que...

JAIME.—¿Excesivo, dices? (Moviendo la cabeza.) Es que tú no sabes lo que es adorar a una mujer, Enrique. (Dando unos pasos, y tras una pequeña pausa, sonriendo.) ¿Así es que llegaste a la conclusión de que estoy loco? (Riendo tenuemente.) ¡Ojalá!

ENRIQUE.—(Sonriendo.) No aseguro tanto... Pero sí te puedo decir que vas por mal camino... Claro está que no

puedo precisarte nada aún; tendrás que esperar a que amplíe mis escasos conocimientos psiquiátricos...

JAIME.—(Sonriendo.) Bien; esperaré. (Tras una pequeña pausa.) Y respecto al curandero ése que te digo, al "meigo"... Aquí les llaman "meigos".

ENRIQUE.—(Encogiéndose de hombros.) ¡Por mí!... (Irónico.) Y si quieres que celebre consulta con él... (Jaime sonríe, con un gesto de disculpa.) Y con las brujas, trasgos, duendes y demás fauna que tanto abunda por aquí. (Sonriendo.) Te comportas como cualquier ignorante labriego de estos andurriales...

JAIME.—También es verdad. (Sonriendo.) Vuelvo a lo sencillo, retorno a la Naturaleza, Enrique. Por otra parte, sé perfectamente que eso es una tontería... Pero es también una esperanza... (Ante un gesto de Enrique.) Sí: ¡ridícula, ya lo sé! Pero ridícula y todo... ¡es una esperanza, una promesa! No; no me lo reproches, amigo mío, por que tú, con tu ciencia, no puedes ofrecerme otra cosa que una sentencia... ¡implacable! ¿Comprendes por qué?... (Se interrumpe, mirando a la puerta de la derecha, por la que entran ISABEL, sostenida por DOÑA REMEDIOS y PILAR. Una criada vieja, aunque con ciertas pretensiones, "POUCA COUSA", avanza a poner una almohada en el respaldo del sillón.) ¿Te levantaste, Isabel? (Yendo hacia ella.) ¿Por qué te levantaste?

ESCENA II

ISABEL.—(Sonriéndole.) Quiero sentarme... un poquito... aquí, Jaime. ¡Si vieras... qué bien me... encuentro hoy!

D.ª REMEDIOS.—Sí, "filliña", sí, que te hará bien... ¡Así Ponle bien la almohada, "Pouca Cousa".

ISABEL.—Ya estoy... bien, mamá.

POUCA COUSA.—(Refunfuñando.) ¡Ya está bien! ¡Ya está bien! ¡Mejor estarías en la cama, "abofé" que sí!

JAIME.—(Cogiéndole una mano.) ¿Cómo te encuentras, Sabeliña? ¿Mejor, verdad? ¿Verdad que te encuentras mejor?

ISABEL.—¡Muy bien, Jaime! (Sonriéndole.) Es que me cansa... el andar... Pero mañana, cuando... caliente bien el sol, iremos a los pinos. ¿Quieres?

JAIME.—(Alegre.) ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Magnífico, Sabelucha! (A Pilar, que sonríe.) ¿Verdad que tiene muy buena cara hoy, Pilar?

PILAR.—Pues no sabes lo mejor: se ha tomado ahora mismo dos yemas con una taza de leche.

JAIME.—(Frotándose las manos.) Hola... ¡Hola!

ENRIQUE.—Eso está bien, Isabel: si come durante unos días, venceremos esa debilidad y...

D.ª REMEDIOS.—(Acariciándola.) ¡"Filliña"! Y hoy se va a comer un "pichonciño", si Dios quiere...

ISABEL.—(Mirándolo.) Me encuentro mucho mejor, Enrique.

ENRIQUE.—¡Naturalmente! (Sonriéndole.) Pero eso del paseo hay que aplazarlo por unos días.

ISABEL.—Es terrible eso de tener médico en casa... (Mirándolo.) ¡Y un médico tan severo!

POUCA COUSA.—(Desde la cocina, en la que arregla algo.) ¡Médicos! ¡Médicos! ¡Te son todos unos "larpeiros", así Dios me salve!

D.ª REMEDIOS.—¿Y no te callarás, "Pouca Cousa", que siempre estás rosmando? Dispénsela, don Enrique.

JAIME.—(Sonriéndole.) No tienes las simpatías de "Pouca Cousa".

ENRIQUE.—(Burlonamente.) ¡Qué lástima! Oye: ¿qué quiere decir "larpeiro"?

POUCA COUSA.—(Agria.) Le quiere decir lambón... ¡Sí, señor!

D.ª REMEDIOS.—¡Cállate la boca ya! Anda, anda, vete para adentro... (A Enrique, mientras ella sale refunfuñando.) Estas criadas viejas le tienen demasiada confianza, don Enrique.

PILAR.—(Riendo.) ¡Pobriña! Rosma mucho, pero es muy buena, tía Remedios.

D.ª REMEDIOS.—Sí, Pilariña, sí; pero hay veces que se te pone imposible... Ya ves: el otro día llamó por el mote a D. Perfecto, el señor Juez. (Isabel ríe.) Sí, "filliña", sí, que le dijo "Fala-pouquiño".

ISABEL.—(A Enrique.) "Habla-poquito"... ¿Se fijó usted con qué certeza pone los apodos? ¿Sabe como le llaman a D. Manoliño? (Ante un gesto sonriente de Enrique.) ¡"Vota po l'a boca".

JAIME.—(Riendo.) "Echa por la boca"... ¿Comprendes?

PILAR.—Y al tío Pepiño, aquél tan alto que le estuvo ayer aquí..., ¿no sabe, don Enrique? (Ante un gesto de ignorancia.) Aquél que trajo los chorizos, la prueba de la matanza...

ENRIQUE.—¡Ah, sí!

PILAR.—Pues le pusieron "Alá-vou".

ISABEL.—"Allá-voy". (Riendo.) Porque como es tan alto, da unas zancadas larguísimas al andar. (Se ríen, mientras se oyen, por el foro, unas pisadas recias y aparece en el portón un labriego con recios zuecos de madera y un gran paraguas cerrado, aunque luce el sol.)

ESCENA III

D.ª REMEDIOS.—(Avanzando.) ¡Pase, pase, tío Andrés!

TIO ANDRES.—(Desde la puerta.) Buenos días nos dé Dios. ¿Dan licencia, entonces? (Enrique mira burlonamente a Jaime, que le hace una señal afirmativa.)

D.ª REMEDIOS.—Pase, pase.

ENRIQUE.—(Sonriendo, a Jaime.) Bueno, me voy a dar un paseíto... (Iniciando el mutis por el foro.) Hasta luego.

JAIME.—Hasta luego, Enrique... ¡Hasta luego!

ENRIQUE.—(Al cruzarse con el labriego.) Buenos días.

TIO ANDRES.—(Obsequioso.) Nos dé Dios, señor médico. (Se inclina y sonríe, mirándolo marchar.) ¡A... chís! (Estornuda violentamente y saca un gran pañuelo de hierbas, con el que se limpia, entrando.) ¿"E logo", Sabeliña? ¿Estás "maliña, muller"?

ESCENA IV

ISABEL.—(Sonriendo.) ¡Hola, tío Andrés!

TIO ANDRES.—¿Y luego, te acuerdas de mi, señorita?

ISABEL.—Claro que sí. ¡Si está igual que hace años. (Sonriéndole.) ¿Viene a curarme, tío Andrés?

TIO ANDRES.—Sí, santiña, si Dios quiere, que hay que pedírselo a Nuestro Señor... Esto lo hago por ti nada más, ¿sabes? ¡Que hoy no te pensaba levantarme de la cama, que tengo un catarro grandísimo... (Levantando un pie.) Y es que estos zuezos te van viejos, santiña... (A D.ª Remedios.) ¿Y no va a mirar si le hay por ahí unos que no le sirvan, D.ª Remedios? (Ante un gesto.) ¡Bueno, bueno! Ya lo mirará, que no le hay prisa; no, señora. ¡Vaya, vaya con Sabeliña! Vamos allá, entonces. (Dejando el paraguas y el sombrero en una silla.) ¿Quiere cerrar la puerta, mi señora D.ª Remedios? (Esta va, rápida, y la cierra.) ¡Bueno! Vamos a ver, rapaza: ¿y qué es lo que tienes? (Isabel esboza un gesto confuso, que él corta.) ¡No importa! No importa lo que tengas, santiña, que aunque cada enfermedad te tiene

su demonio, yo te sé de una oración que las cura todas... (Con énfasis.) ¡Todas, santiña! (Estornudando violentamente.) ¡A... chís! (Repitiendo, con entusiasmo.) ¡A... chís! (Limpiándose y a D.ª Remedios.) Son los zuecos, que me cogen agua, ¿sabe? ¿No se olvidará, verdad, de ver si me "atopa" unos? (Obsequioso.) ¡Bueno, bueno, no le hay prisa! Vamos allá... ¿Me hace el favor de las ortigas, entonces?

D.ª REMEDIOS.—(Yendo rápida a la derecha y asomándose.) ¡"Poca Cousa", trae las ortigas, corre!

TIO ANDRES.—(Frotándose las manos.) ¡"Vaites, vaites" con Sabeliña! (Sonriendo.) ¿Así es que este caballero te es tu marido, cuyamente?

ISABEL.—Sí, tío Andrés; nos casamos hace tres años, en Madrid.

TIO ANDRES.—¡Ah, en Madrid! ¡"Vaites, vaites"! Pues que sea para bien y por muchos años, D. Jaime, que así será, Dios mediante... Y si tiene algún pantalón viejo, no lo tire, que le es un pecado, que le hay muchos pobriños por el mundo... (Entra precipitadamente POUCA COSA con una taza blanca llena de algo, y el MEIGO se inclina sobre ella e introduce dos dedos que saca con algo, examinándolo; después le sonríe a Pouca Cosa, que está muy seria.) ¡Bueno! Están verdes las ortigas y te es señal de vida, santiña. (Doña Remedios junta las manos con alegría; Pouca Cousa sonríe al Meigo y Jaime mira para Pilar.) Te debe de ser nada más que un demonio de los pequeños, ¿sabes? (Sacando unas hierbas del fondo de sus bolsillos.) Vamos a echarlo fuera con la ayuda de Nuestro Señor... Tienen que traer un caldero con agua... (Sale disparada Pouca Cousa por la izquierda.) y también el agua bendita, D. Remedios (Esta coge de la cómoda una botellita mientras el tío Andrés echa las hierbas en el fuego, de espaldas al público, mostrando en los fondos del pantalón un tremendo remiendo de otro color.) ¡Deme, D.ª Remedios! (Esta le da la botellita y entra Pouca Cousa con un cubo de agua.) Ahí... Tienes que ponerlo a tres pasos de la enferma. (Pouca Cousa le deja en el sitio que le señala.) ¿Quieren ponerse aquí juntos, entonces? (Los agrupa en uno de los lados, casi detrás de Isabel, y el, a su alrededor, va desparramando el agua bendita, mascullando palabras ininteligibles.) ¿No saldrán del redondel, verdad? Que el demonecho, antes de caer en el caldero, buscará adónde meterse... (Acercándose a Isabel, que sonríe, un poquito temblorosa.) Ahora vamos a ver si lo engaña-

mos, santiña. (Mojando el dedo pulgar en el agua bendita y santiguándola.) **En el nombre del Padre..., del Hijo... y del Espíritu Santo... ¡Amén!** (Pausa y en voz baja.) **¡Sabeliña?**

ISABEL.—(Temblorosa.) **¿Eh? ¿Qué quiere, tío Andrés?**

TIO ANDRES.—(Haciéndole vivos gestos para que se calle.) **¡Sabeliña!** (Alzando más la voz.) **¡Sabeliña!** (Un tono más alto.) **¡Sabeliña de Abelenda!** (Con enérgicos movimientos de cabeza y manos.) **¡"Ti non te chamas" Sabeliña! ¡No te llamas Sarbeliña, que te llamas Manuela!** (Gritando.) **¡Ey, Manuela! ¿"E logo, Manuela, que fas aquí"?** (Inclinándose sobre ella y con tono intenso, aunque bajo.) **¡Manueliña! ¡Manueliñaaaaa!** (Hace una pequeña pausa, mirándola, y la santigua nuevamente.) **¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...**

D.ª REMEDIOS.—¡Amén!

POUCA COUSA.—¡Amén, Jesús!

TIO ANDRES.—(Cayendo de rodillas frente a la enferma y alzando los brazos con gestos lentos, llenos de primitiva unción y religiosidad.) **¡Señor mío Jesucristo! ¡Por lo mucho que padecisteis, muriendo en la Cruz para salvar al pecador! ¡Por el dolor de Tu Madre, que te vió morir!** (Doña Remedios cae de rodillas, con las manos en súplica y sollozando. A un gesto de Pilar se tapa la boca... Isabel vuelve lentamente la cabeza, y la madre, dominándose, heroica, le sonríe.) **¡Por Tus divinas llagas, abiertas por los sicarios! ¡Permíteme y dame poder para echar fuera de este cuerpo al demonio de la enfermedad! Que así sea y será... ¡Amén, Jesús!** (Avanzando hacia la enferma, de rodillas, y con un gesto lento de sus brazos extendidos.) **¡Athah! ¡Gabor! ¡Leolani!** (Alzando los brazos a lo alto.) **¡Adonai!** (Se levanta y va hacia Isabel, que lo mira, temblorosa.) **¡Ya oíste, "aspíritu" maligno! ¡Sal de ahí, condenado! ¡¡Arrenégote!!** (Señalando el cubo.) **¡"Vaite a o caldeiro, bandallo, larpantín"!**

POUCA COUSA.—(Avanzando, iracunda.) **¡Pillo! ¡"Larpeiro"!** (El tío Andrés, con los brazos extendidos, la señala el suelo, a sus pies y ella, de un salto, vuelve a meterse en el círculo.) **¡"Famento"!**

ISABEL.—(Sonriendo, asustada.) **¡Mamá, "mamiña"!**

D.ª REMEDIOS.—(Arrodillada.) **¡Reza, reza, "filliña", y no tengas miedo!**

TIO ANDRES.—(Inclinándose sobre Isabel y mirándole largamente a los ojos.) **¡"Xa está n'o caldeiro"!** (Cogiendo

el cubo con ademán del que va a volcarlo.) **¡"Abrídeme" pronto, "prontiño"!** (Poca Cousa va velozmente al foro, seguida de tío Andrés, y abre la puerta. El tío Andrés lanza el chorro, de lleno, sobre DON MANOLIÑO, que aparece detrás de la puerta, en actitud de ir a llamar.) **¡Ay! ¡Ay, don Manoliño, dispénseme!** (Doña Remedios se levanta; Pilar ríe largamente y Jaime, a espaldas de Isabel, hace un gesto desolado.)

ESCENA V

D. MANOLIÑO.—(Sacudiéndose.) **¡Caramba, tío Andrés! Haber avisado, "hom", que abría el paraguas.**

TIO ANDRES.—(Contrito.) **Tiene que dispensarme, que "abofé" que no le vi, don Manoliño.** (Ayudando a limpiarlo con su pañuelo.) **Le es agua nada más, ¿sabe?**

D. MANOLIÑO.—(Sonriente.) **Bueno, "hom", bueno.** (Pilar cesa de reír, repentinamente, viendo a Jaime abatido.) **Claro que es agua, que si te fuera vino del Ribero... ¡Buenos días a todos! ¿Cómo está hoy nuestra querida enferma?**

D.ª REMEDIOS.—**Buenos días, señor secretario.**

JAIME.—(Recobrándose.) **Mucho mejor, don Manoliño... ¡Muchas gracias!**

D. MANOLIÑO.—**Me alegro de veras...** (Pilar le ofrece una silla.) **Hola Pilariña; tú siempre tan guapa.**

PILAR.—(Sonriente.) **Aquí le estoy esperando la luz eléctrica...** (Don Manoliño sonríe.) **¡Que usted me lo prometió don Manoliño!**

D.ª REMEDIOS.—**¿Y no se quita la chaqueta, para secársela?**

D. MANOLIÑO.—**¡Bah, bah! El agua no le hace daño a ningún cristiano, doña Remedios.**

D.ª REMEDIOS.—**Pues con su permiso... Venga, tío Andrés; venga a ver la vaca, entonces.**

TIO ANDRES.—(Mirándola, sorprendido.) **¿Eh? ¡Ay, sí, la vaca, cuyamente!** (A todos.) **"Quedade" con Dios... Y dispense, ¿eh, don Manoliño? Adiós, Sabeliña... Que te mejores, rapaza.**

ISABEL.—**Adiós, tío Andrés. Adiós y... gracias.**

TIO ANDRES.—**Para San Fermín irás a la romería, santiña que se lo pediré a Nuestro Señor... Adiós, don Jaime y la compaña...** (Saliendo con doña Remedios y Pouca Cosa.) **¿Y no se olvidará, verdad, doña Remedios, de aquello de**

los zuecos? (Ante un gesto.) ¡Bueno, bueno! No le hay prisa, no, señora.

ESCENA VI

D. MANOLIÑO.—¿Y don Enrique, dónde le anda?

JAIME.—Salió un momento... Ya pronto vendrá.

D. MANOLIÑO.—Le es muy simpático... Y dicen que le es un gran médico en Madrid. ¿Eh?

JAIME.—Sí, señor; es muy inteligente. Ahora se está especializando en psiquiatría; trata de fundar una casa de salud.

D. MANOLIÑO.—(Sonriendo.) Ya sé, ya sé. Así le tiene la manía de creer que todos estamos algo locos... ¿Usted no se fijó, doña Isabel, que a mí no me quita ojo? (Isabel cambia una regocijada mirada con Jaime.) Sí, señora, que le cree que estoy algo chiflado y quiere curarme y ponerme un plan. (Riendo.) Yo le digo a todo amén, que no me cuesta ningún trabajo, y para él le es una satisfacción... (Ríe.) Ya ves, Pilariña: me quiere convencer de que yo no tengo el mando que tengo con los prohombres de Madrid... (Riendo.) ¡De que todo eso son chifladuras!

PILAR.—(Sonriente.) Todos sabemos que sí, que tiene mucho mando, pero es un descuidado. (A Isabel.) Hace más de dos meses que me prometió una fábrica de luz, y así estamos...

D. MANOLIÑO.—Todo vendrá, Pilariña... (A ellos.) Lo que pasa es que no me gusta forzar las cosas. (Con énfasis.) Sí: tengo atribuciones para ordenar lo que sea. (A Pilar.) Ya ves: podía cursar hoy mismo las órdenes oportunas para que empezaran las obras de esa central eléctrica... ¿Y qué conseguiríamos con esto? Que lo hicieran mal, a desgana. No, no; da mejor resultado pedir con suavidad... Y pedirlo, en vez de exigirlo, que con las exigencias no se va a ninguna parte... Así que hazme caso a mí, Pilariña, que te sé por dónde ando, y no precipites las cosas: tendrás la luz eléctrica... Ten un poco de paciencia... ¿Y no me ves a mí? Ya ves: yo podía ser... ¡qué se yo! ¡Lo que quisiera! Pues aquí me tienes de simple secretario de un ayuntamiento de tercera... ¿Y saben ustedes por qué? Pues porque no pido nada para mí... Ahora que, eso sí, para los amigos... ¡lo que sea!

JAIME.—(Mirando a Isabel.) Eso está muy bien, don Manoliño.

D. MANOLIÑO.—Aun hoy escribo allá... (Sacando una carta del bolsillo.) Ustedes saben que la finca "La Ramalleira" está muy aislada por el río... Don Sebastián me lo dijo: "Don Manoliño: un puente aquí vendría muy bien". Yo..., yo no le dije nada; pero escribí..., ¡escribí! Escuchen: (Leyendo.) Excelentísimo señor Ministro de Obras Públicas. Madrid. Mi querido Pepe: Te molesto nuevamente para servir a un buen amigo de ésta, don Sebastián Chamorro, dueño de la finca denominada "La Remalleira", enclavada en este término municipal. Pues es el caso, mi querido Pepe, que... (Se interrumpe al ver que en la puerta del foro coinciden ENRIQUE, DON LUCAS, que es un viejo sacerdote de aspecto simpático y con un gran paraguas al brazo, y DON PERFECTO, un señor rústico y solemne.) ¡Ah! Aquí están; disimulen...

ISABEL.—(Muy seriamente, mientras el grupo habla mímicamente en la puerta. ¿Y hace mucho tiempo que conoce a su amigo Pepe, el Ministro?

D. MANOLIÑO.—No, no, señora... Lo que se dice así, personalmente, no le conozco... Pero basta que le sea gallego, y... y por otra parte..., ¡hay que decirlo todo! Es una prueba de confianza que le doy y que tiene que agradecerme, que al fin y al cabo... ¡no deja de ser un subordinado mío! (Señalando a Pilar, que se acercó al grupo de la puerta.) Lo que le decía a su prima: que hay que saber mandar. (Encaminándose a la puerta, mientras Jaime e Isabel ríen discretamente.) ¡Ey, don Luquiñas! Buenos días, señor Juez... ¿Y luego, don Enriquiño?

ESCENA VII

D. LUCAS.—(Entrando con los demás.) Buenos días nos dé Dios.

JAIME.—(Dándole la mano.) ¿Cómo está usted?

D. LUCAS.—Muy bien, Jaimiño... ¿Y tú, Sabeliña? Ya me dijo don Enrique que mejoras...

ISABEL.—(Cogiéndole una mano y apretándola contra su rostro.) ¡Don Luquiñas! ¿Por qué tardó tanto hoy?

D. LUCAS.—¿Y no sabes que tengo misa de once, Sabeliña?

D. PERFECTO.—(Solemne.) Celebro... mejoría.

ISABEL.—Muchas gracias, don Perfecto... Pero siéntense, hagan el favor... (Don Lucas deja su paraguas cuidadosamente en cualquier rincón y se sienta a su lado.) ¡Don

Luquiñas! (Sonriéndole.) Cuántas veces me acordaba de usted en Madrid, si viera... ¿Verdad, Jaime?

D. LUCAS.—(Acariciándola.) Siempre fuiste de buena casta, hijita... (A los demás.) Traviesa como un demonio, eso sí, y de genio muy vivo; que ya en la pila, cuando la bauticé, dió muestras de ello... (Sonriendo.) Un escándalo terrible. (Se ve entrar por el portón a Pouca Cousa y meterse por la derecha.) ¡Ah! Ya te vi ahí fuera a tu madre con el tío Andrés... ¿Tenéis alguna vaca enferma, entonces?

ISABEL.—(Sonriendo, confusa.) No, pero... Bueno: la vaca... soy yo.

D. LUCAS.—¿Tú? ¿Vino por ti? (A Jaime.) Pero... ¡parece mentira, Jaimiño!

ISABEL.—No le riña... Son cosas de mamá y de Pouca Cousa... (Riendo.) Me sacó un demonio del cuerpo, don Luquiñas; un demonio que ahora tiene don Manoliño.

D. MANOLIÑO.—(Tirando vivamente una cerilla encendida, con la que estaba encendiendo un cigarrillo.) ¿Yo? ¿Que lo tengo yo? ¡No, señora!

ISABEL.—(Sonriendo.) Pués iba en el agua que le echó el tío Andrés.

D. MANOLIÑO.—¡Caramba! (Se ve salir a Pouca Cousa por la derecha y encaminarse hacia el foro. Lleva unos zuecos, que va mirando cuidadosamente.) Pues... Pues no sabía... Creí que le era nada más que agua, la verdad...

ENRIQUE.—Pero... ¿también eso? ¿También supersticioso, don Manoliño?

D. MANOLIÑO.—(Precipitadamente.) ¡No; no, señor, don Enriquiño, que yo no le creo en "meiguerías"!

ENRIQUE.—Algo había yo leído sobre este aspecto tenebroso de Galicia... Pero no creí que estuviera tan extendida la superstición.

D. LUCAS.—¡Oh, mucho más de lo que usted pueda figurarse, señor Hinojosa! (Don Manoliño se limpia el agua con su pañuelo.) Yo..., yo hago por combatirla... (Sonriendo.) Por otra parte, le está tan llena de religiosidad y de poesía...

ENRIQUE.—Pero eso es un signo de primitividad; formas inferiores de pensamiento que...

JAIME.—No estoy conforme...

ENRIQUE.—(Sonriendo.) Era de esperar, Jaime.

JAIME.—Puede que sea, por el contrario, la forma verdadera de pensamiento: la encrucijada donde se detuvo una parte de la Humanidad mientras que la otra seguía por

caminos secos, áridos, despojados de todo espiritualismo...

ENRIQUE.—Pero no me negarás que son caminos seguros por los que la Razón va paso a paso.

JAIME.—(Irónico.) ¡Oh, la Razón!

ENRIQUE.—(Sonriente.) Caminos llenos de luz en los que no hay fantasmas, poeta. (Se ve volver a entrar a Pouca Cousa por el portón y meterse por la derecha.) Caminos iluminados, sin sombras ya.

JAIME.—¡Eso! Dices bien: caminos de cruda luz, en la que el espíritu parece no existir, como no parece existir la llama al sol. (Moviendo la cabeza.) Yo prefiero las sombras, amigo mío... (Sonriendo.) Sombras que iluminen y no claridades que obscurezcan!

ENRIQUE.—(Irónico.) ¡Sombras que iluminan! ¡Claridades que obscurecen!

JAIME.—¿Te asombra? (Sonriendo.) Las sombras de la noche iluminan a las estrellas; las claridades del día... obscurecen su fulgor. (Sonriente.) ¿Tienes algo que alegar? (Enrique hace un gesto de sonriente burla, mientras sale por la derecha Pouca Cousa examinando unos pantalones y saliendo por el foro.) Por eso, yo, frente al pensamiento moderno en que todo se explica y en que todo se ve...; ¡no!, en que todo cree explicarse y verse, me vuelvo a la encrucijada... (Sonriendo.) Frente a ese pensamiento en que el hombre es... ¡química! y en el que la muerte es nada más que un proceso de disociación... ¡No! (Excitándose.) ¡No! ¡Yo quiero creer en una vida eterna del espíritu! ¡Yo no creo en que la Muerte mate! (Enrique intenta hablar.) ¡No, no me digas nada! (Enrique insiste en el gesto.) ¡Déjame así! (Con violencia.) ¡Déjalo así, Enrique, te lo ruego!

ISABEL.—(Con dulzura.) ¡Jaime! ¿A qué viene ponerse de esa forma?

JAIME.—(Abrazándola apasionadamente.) ¡¡Sabelucha!! (Hay una gran pausa, en la que la abraza y jadea con la excitación. Los demás se miran entre sí hasta que se recobra y sonríe.) Perdona, Enrique, amigo mío. (A los demás.) Siempre discutimos así, con excesiva viveza. ¿Verdad, Enrique? (Riendo.) Figúrense: ¡un hombre de ciencia y un poeta!

D. Lucas.—(Sonriendo.) Todos los caminos conducen al mismo sitio.

JAIME.—(Riendo.) Es que es un materialista terrible, don Lucas. No tiene espíritu, que lo cambió por una radio en onda corta.

ENRIQUE.—(Sonriendo.) Una radio siempre es algo... Y a ti sólo te falta el arpa... (Hace el gesto, exagerado, de tañer un arpa, e Isabel ríe, cortando bruscamente su risa.) Bueno, don Lucas, respecto a eso que hablamos... Sé que está usted haciendo un libro en el que estudia las supersticiones más extendidas.

D. LUCAS.—(Sonriendo.) ¿Un libro? ¡Pobre de mí! No; le son simples apuntes de casos que fuí observando... No le tienen importancia; pero si usted quiere verlos...

ENRIQUE.—Se lo agradeceré mucho.

D. LUCAS.—Aquí le pasan por artículos de fe. Vera testimonios de gentes muy respetables, testimonios que le aseguran, por ejemplo, haber estado de palique con la "hestadea".

D. MANOLIÑO.—¡Sí, señor! La "hestadea"... (Sonriendo a Enrique, lo mira, burlón.) Dicen que le es un alma del otro mundo que viene a reclamar lo que le deben.

ENRIQUE.—Pero... ¿dinero?

D. MANOLIÑO.—¿Y luego?

D. LUCAS.—(Sonriente.) Sí, señor, que en esta bendita tierra nadie le perdona una deuda y aunque sean muertos le vienen a cobrar... (Sonríe.) Y a pagar, también es cierto... (Moviendo la cabeza.) Y es que aquí no le hay un verdadero límite entre el mundo real y el otro, mágico, del más allá, del trasmundo... Así tiene usted que durante más de tres siglos le dijeron misas por el caballero Amadís de Gaula en la iglesia parroquial de Monforte, que le estaba vinculada a la Casa del Duque de Alba.

ENRIQUE.—Pero... ¿es posible? (Don Lucas afirma.) ¡Absurdo!

JAIME.—¡Hermoso! (Sonriendo.) ¡Hermoso, Enrique!

D. LUCAS.—Es hermoso, sí. Y le ando atrás de la pista, que me parece que también las dijeron por el alma de don Quijote... Y aun no le es muy antigua la prédica a la caza, que le está consignada en documentos de la época.

D. MANOLIÑO.—Y eso... ¿qué le viene a ser, don Luquiñas.

D. LUCAS.—Pues que al abrir la temporada se pregonaba en el bosque que el día tal y a cuál hora empezaría la caza, lo que se advertía a los corzos y a los animales de pelo por si entre ellos hubiera alguna princesa encantada...

ENRIQUE.—(Burlón a Jaime.) ¿Hermoso, verdad?

D. LUCAS.—...y muchísimas cosas más... Ya le traeré

esos apuntes... (Entran por el foro DOÑA REMEDIOS, que avanza hacia el grupo, y POUCA COUSA, que entra por la derecha al interior.) **Aun le es ahora y... ¡Ah!** (Levantándose.) **Buenos días, doña Remedios.**

ESCENA VIII

D. REMEDIOS. (Acariciando a Isabel.) **Buenos días nos dé Dios...** (Haciéndoles un gesto para que vuelvan a sentarse.) **¿Y luego, no quieren un poquiño de jamón y una conquiña de vino?**

D. LUCAS.—Un poco más tarde, doña Remedios... (Amenazándola con un dedo.) **Después de que la miña, ¿sabe?**

D.ª REMEDIOS.—(Mirando a Isabel.) **¿Y qué mal le hice, don Luquiñas? ¿Es malo el traerle la salud a mi enfermiña?**

D. LUCAS.—(Sonriendo y haciendo un gesto con la mano.) **Ya hablaremos...** (A Enrique.) **Le estaba diciendo que es aún ahora y le siguen esas cosas... Aquí, don Perfecto, el señor Juez, le podrá decir que le hay que impugnar muchos testamentos en los que el heredero le es... ¡un difunto!** (El Juez afirma gravemente.) **Y los legados para la Santa Compaña le son muy corrientes.**

ENRIQUE.—¡Muy curioso! ¿Qué es eso de la Santa Compaña?

D. MANOLIÑO.—¡Hombre, don Enriquiño! ¿La Santa Compaña? Pues le son las ánimas del Purgatorio que le andan por el mundo, ¿sabe? Van en procesión por los caminos y las corredoiras... Y siempre al atardecer... (Al ver la mirada burlona de Enrique.) **¡Qué... cosas, eh? Y también dicen que le van envueltas en sudarios y con velas encendidas...**

ENRIQUE.—(Sonriendo.) **¡Caramba!**

D. MANOLIÑO.—...y también le van rezando, con una música muy triste...

ENRIQUE.—¡Originalísimo! (A don Lucas.) **Esta leyenda es genuinamente gallega, ¿no?**

D. LUCAS.—No, no creo; es también la Huestia, de Asturias... Ya Olao Magno, en su "Historia de los pueblos septentrionales", nos habla de una danza de espíritus, "chorea el-varum", que tiene ciertos puntos de contacto con nuestra Santa Compaña; las "danzas de muertos" de la Edad Media son famosas, ya que de ellas nos quedaron bastantes pinturas murales en conventos y en cementerios... Ahí le tiene

usted la de "Holbein", por ejemplo, hecha en el siglo quince por orden del Concilio de Cale... Pues también le tienen mucha semejanza con la Santa Compaña, aunque es posible que ésta le sea más antigua... (Sonriendo.) Y le tiene cosas muy bonitas...

ISABEL.—¡Cuento, cuente, don Luquiñas!

D. LUCAS.—(Sonriendo.) ¿Y no te dá miedo, Sabeliña?

ENRIQUE.—Pero... ¿qué es en realidad la Santa Compaña?

D. LUCAS.—(Sonriendo.) Como le dijo don Manoliño, le son ánimas del Purgatorio que andan por el mundo, que le es el infierno frío, hasta que son perdonadas...

JAIME.—¡El infierno frío! Sí; es hermoso y expresivo el nombre... Continúan en el mundo, en el infierno frío, hasta que Dios les concede su perdón... (A don Lucas.) ¿No es eso?

ENRIQUE.—Pero lo que no entiendo es a lo que vienen, porque no se manifiestan a los vivos... (A don Manolito.) ¿O es que vienen a cobrar alguna cuenta?

D. MANOLIÑO.—No, señor, que le vienen a otra cosa...

D.ª REMEDIOS.—Le vienen a pedir perdón a los que ofendieron, don Enrique, que hasta que no les perdonen le están en el infierno frío.

D. MANOLIÑO.—(Seriamente.) Sí, señor. (Ante la mirada burlona del médico.) Y dicen también que le es muy malo ver uno solo a la Santa Compaña.

ENRIQUE.—(Sonriente.) ¿Por qué don Manolito?

D. MANOLIÑO.—Pues porque le arrastra, ¿sabe? Por eso las personas que están con él le tienen que arrodillarse y sujetarle, porque si no se va con ellas... (Don Perfecto mueve gravemente la cabeza y mira su reloj.) Y después le anda siempre detrás de la procesión y le queda ido, espirituado... Aquí, en la parroquia, tenemos uno, que le llamamos "O Caladiño". (Llevándose dos dedos a los lobios.) porque le habla aun menos que don Perfecto... (Todos ríen, mirando para el Juez, que no se inmuta.)

D.ª REMEDIOS.—(Moviendo la cabeza.) Le andará por esos montes de Dios, que ya hace tiempo que no le vemos...

D. MANOLIÑO.—¿Y qué falta hace, doña Remedios? ¿No sabe que le es mala señal el verlos, que es que le anda la Santa Compaña cerca?

ENRIQUE.—(Sonriendo burlonamente.) Es decir, que usted cree en esas tonterías... ¡Dígalo con franqueza, don Manoliño!

D. MANOLIÑO.—¿Yo? ¡No, señor! (Vivamente.) Pero le hay mucha gente de respeto que dice que sí, que la vieron, y también le hay muchos que oyeron la campanilla que llevan... Y otros vieron el resplandor, ¿sabe?

ENRIQUE.—¿Y qué es eso del resplandor?

D. MANOLIÑO.—Pues le es como un relámpago... Por aquí le creen que cuando se ve un relámpago, así, sin que le haya tronado, es que le acaba de salir una de las almas del infierno frío... ¡Que ya le va perdonada! (Ante la mirada de Enrique.) Mucha gente lo cree, ¿sabe?

ENRIQUE.—(Despectivo.) ¡Bah! Ignorantes labriegos llenos de vivencias supersticiosas.

D. PERFECTO.—¡No! (Con un ademán.) Escuche.

D. MANOLIÑO.—¡Hombre! ¿Y qué milagro, don Perfecto?

D. PERFECTO.—No soy labriego, soy Juez. (Este personaje habla sin entonación, a golpes.) Yo la vi. (Todos lo miran extrañados.) Hace años, ejerciendo Ortigueira... (Pequeña pausa y moviendo la cabeza.) ¡Horrible!

ENRIQUE.—(Asombrado.) Perdone... ¡No quise molestarlo, naturalmente! Pero.. , ¿dice usted que...?

D. PERFECTO.—(Con un gesto de su mano, con horror.) ¡No! No quiero hablar cuestión. (Levantándose.) Voy Juzgado. (Inclinándose ante Isabel.) Celebro mejoría. (A todos.) Hasta mañana. (Saliendo.) Buenos días.

D. LUCAS.—Hasta mañana, si Dios quiere.

ISABEL.—Muchas gracias.

ENRIQUE.—¡Buenos días!

ESCENA IX

D. MANOLIÑO.—(Con sorna a Enrique.) ¿Eh? ¡Vaya con don Perfecto!

D. LUCAS.—(Extrañado.) No sabía eso del señor Juez.

ISABEL.—El señor "Fala-pouquiño"...

D. MANOLIÑO.—Ni yo, don Luquiñas... (A Enrique, con discreta sorna.) Le acabamos de enterarnos por telegrama, ¿sabe?

JAIME.—(Sonriente.) ¿Qué dice el hombre de ciencia?

ENRIQUE.—¡Bah!

D. MANOLIÑO.—Para mí, que también le está loco, ¿verdad, don Enriquiño? (Todos rien, mientras que por la parte del foro se oye, aun lejano, un "aturuxo" y una canción gallega, una foliada a varias voces, acompañada por la gaita.) ¡Ah! Son los mozos, que le van para la fiesta...

ESCENA X, con el concurso de coro.

Todos escuchan, por un momento, la foliada cantada por los mozos, que van acercándose. Don Lucas se levanta, sonriente, se inclina sobre Isabel a la que dice algo, y sale por el foro; Enrique va también hacia el foro, curioso.

D. MANOLIÑO.—(Viendo salir a don Lucas.) **Ahí lo tiene que le es un santo este don Luquiñas, qué así lo quieren a rabiar.**

D. MANOLIÑO.—**Así es, señora.** (Enrique viene hacia ellos, y él no lo ve, por estar de espaldas.) **Yo, poco he de poder si no lo hago...** (Con énfasis.) **¡Arzobispo de Santiago de Compostela¡** (Isabel y Jaime rien, discretamente, y Enrique lo mira, moviendo la cabeza con sonriente reproche.) **¡Claro..., claro que le es una broma, don Enriquiño!** (Mirando con malicia a Isabel.) **¡Qué voy a hacer yo, pobre de mí!** (Cesa el canto de los mozos y él señala hacia el portón.) **Pero ahí lo tienen, que los entiendo como nadie, que muchas veces le va a la romería con ellos y alterna con todos...** (Isabel rie.) **Y le está haciendo en la aldea unos coros de mucho rosmillo...** (Aparece en el portón don Lucas, conduciendo a un grupo de mozos y mozas con atuendo regional.) **Ahí lo tienen...**

D. LUCAS.—(Entrando.) **"Pasade, pasade"...** (Mozos y mozas entran tímidamente, mirando a Isabel, que les sonríe.) **Aquí tenéis a la señorita de Abelenda... Mira, Sabeliña: esta moza te es la Milucha, la rapaza que mejor baila la "muñeira" en toda la parroquia...** (La aldeana se inclina tímidamente e Isabel le sonrie.) **Hoy vas a tener que apretar, "mociña", que me dijeron que viene a la fiesta ese mozo de Iñás que dicen que baila mucho...** (Mirando a uno de los mozos.) **...y que da buenos palos también. ¿Verdad, Chinto?** (Mozos y mozas se rien mirando a Chinto, un mozarrón que baja la cabeza avergonzado.) **¿Y cómo te fué eso, "hom"? Yo no lo quise creer cuando me lo dijeron, que yo te creía que no había quien le diera un palo a Chinto d'a Nacha... Y ya ves, "hom": te dieron dos.** (Risas.) **Y el que te los dió te es de otra parroquia...** (Fingiendo un gran enfado y guiñándole un ojo a Isabel.) **¡Muy bonito, "hom", muy bonito! Te digo que cuando tengo que pasar por Iñás, se me cae la cara de vergüenza.**

CHINTO.—(Confuso.) **Es que... Es que cogió el palo así...** (Cogiéndolo por ambos extremos.) **Y uno no le sabe con cuál de las manos va a pegar, y... y cuando uno se**

descuida pues, claro... ¡zás! (Señalándose la espalda.) "¡N'as lombas"!

D. LUCAS.—¡Ah, qué pillo! Eso..., eso te es juego portugués, Chinto.

CHINTO.—Sí, señor Cura, que le debe ser, porque estuvo trabajando en la raya de Portugal.

D. LUCAS.—Pues ya veremos eso... Y tú, Milucha, a ver si me tienes cuidado, que ese pillo te sacará a bailar y te cambiará los puntos de la "muñeira"... (Dirigiéndose a uno de los mozos.) A ver, "ti", baila y cambialé bien los puntos... (Al gaitero.) Toca, tú. (El gaitero infla y la pareja de baile se coloca frente a frente y baila unas "muñeiras", mientras los mozos dan palmadas, acompañándolos.) ¡Córtale! (Mirando atentamente a los puntos que hace el bailarín.) ¡Trenza! ¡Trenza, "hom", trénzale! (Se remanga el manteo y hace unos dibujos, que el mozo mira, siguiéndolos. Después se sienta al lado de Isabel y lleva el compás también, dando unas palmadas. Termina el baile, quedando de espaldas la pareja.) ¡Bien! Está bien, rapaciña; pero ten mucho ojo con ese mozo de Iñás... Mírale bien los pies... (Isabel le hace señal de que quiere hablarle.) ¿Eh? (Inclinándose sobre ella, que le habla mímicamente.) La señorita de Abelanda quiere que le cantemos "O páxaros"... ¡A ver cómo me dejáis quedar... Vamos allá... (Los mozos y mozas se preparan y él se dirige a uno de ellos.) ¿Y por qué no te vas a tu cuerda, Pepiño? (El mozo se coloca en otro sitio.) Venga entonces... ¡Vamos; (Hace el ademán de dirigirlos y se rasca el cogote.) Mira, Chinto, dirige tú, anda... Ten cuidado con las cuerdas de bajos... (Chinto da en voz baja los tonos y el coro canta la conción que pueda ser "O páxaro", "Negra sombra", "Deus amores" u otra cualquiera.) ¿Qué, te gusto, Sabeliña? (A los mozos.) ¡Hala, hala a la fiesta!

CHINTO.—(Al salir.) ¿Y luego, don Luquiñas, no me enseña ese juego portugués del palo?

D. LUCAS.—(Cogiendo el garrote de uno de los mozos.) Trae acá, ti. Vamos aquí fuera... A ver si aprendes, "hom", que como ese galopín te vuelva a dar un palo, no quiero que me saludes... (Salen con risas por la puerta del foro, doblando hacia la derecha. Don Manoliño, sonriente, echa tras ellos. Jaime va hacia la puerta del foro, quedando allí, de espaldas al público. Enrique, que está cerca de Isabel, se levanta. Se miran fijamente unos segundos e Isabel baja lentamente la cabeza. Enrique hace ademán de hablarle y

desiste, mirando para Jaime, de espaldas en la puerta, y sale al fin por el foro, mientras entra Pilar por el foro, dirigiéndose a Isabel.)

La misma escena, sin el concurso de los coros.

(Todos escuchan, también, la foliada, que puede ser de disco, graduado al efecto. Don Lucas se levanta y va hacia el foro. Enrique va también hacia allí, aunque se queda en la puerta.)

D. MANOLIÑO.—(Viendo salir a don Lucas.) **Ahí lo tienen, que le es un santo este don Luquiñas, que así lo quieren a rabiar...**

ISABEL.—**¿Quién no querrá a don Luquiñas?**

D. MANOLIÑO.—**Así es, señora.** (Sin ver a Enrique, que se acerca.) **Yo poco he de poder si no le hago... ¡arzobispo de Santiago de Compostela!** (Isabel y Jaime ríen y él ve a Enrique que lo mira.) **¡Claro, claro que le es una broma, don Enriquiño;** (Con malicia, a Isabel.) **¡Qué voy a hacer yo, pobre de mí!** (Jaime, sonriente, va hacia la puerta del foro y simula mirar hacia fuera.) **Voy a ver quiénes van a la fiesta... ¿Usted no viene, don Enriquiño?** (Desde la puerta ya.) **Mire que le van mozas muy guapas...**

ENRIQUE.—**Sí, ahora voy, don Manolito...** (Este desaparece por la derecha del foro, simulando mirar algo. Enrique mira a Isabel, que concluye por bajar la cabeza. Hace ademán de decirla algo, pero se contiene, mirando para Jaime que está en el portón, de espaldas. Al fin, sale y queda hablando mímicamente con Jaime, mientras entra Pilar por el portón y se dirige a Isabel.)

ESCENA XI

PILAR.—(Sin los coros.) **Ahí tenéis a don Luquiñas con los mozos, enseñándoles a dar palos... ¿Quieres que te prepare otra yema, prima Isabel?**

ISABEL.—**No, Pilar, no quiero.** (Mirando para Jaime, que está de espaldas.) **Mira, me vas a traer una cajita de madera que está en el baúl pequeño...** (Mirando para el fuego.) **Una cajita negra con incrustaciones... Con cosas de nácar... Blancas...**

PILAR.—(Iniciando el mutis.) **Ya sé lo que son incrustaciones, Isabel; que no te soy tan tonta...**

ISABEL.—(Deteniéndola.) **Perdona, mujer... Pero...**

Oye, Pilar: ¿por qué no me quieres tú? Te noto así como...

PILAR.—(Mirándola, un poco adusta, un segundo y sonriendo ya. ¡Bobadas, prima! ¡Bobadas! (Saliendo por la izquierda, mientras Jaime avanza desde el portón.) ¿Una cajita negra? ¿Verdad?

ESCENA XII

JAIME.—(Sentándose a su lado y cogiéndole una mano.) Oye, Sabelucha: ¿no sería bueno que te volvieras a acostar? (Ella niega, sonriente.) ¿Te encuentras bien? ¿Verdad que te encuentras bien? (Isabel, con dulzura, le besa en la mano.) ¿Qué haces, Sabelucha?

ISABEL.—(Mirándolo.) ¿Por qué me quieres tanto, Jaime?

JAIME.—(Con ternura.) ¿Querías que te quisiera menos?

ISABEL.—(Pensativa.) Sí; que me quisieras menos... Que no me quisieras...

JAIME.—(Acariciándola.) ¿Por qué?

ISABEL.—(Pensativa.) No sé... ¡Hay que ser tan santo para merecerlo! Y yo... (Moviendo la cabeza.) Viviríamos de muy distinta forma si supiéramos que tenemos que morir...

JAIME.—(Festivo.) Estás muy filósofa, Sabelucha... Pero eso lo sabemos todos: que tenemos que morir...

ISABEL.—Sí, claro... Pero eso no es saberlo, Jaime, cuando se es joven y... y fuerte se ve tan lejana la muerte... Tan lejana, que no se ve.

JAIME.—(Festivo.) He ahí nuestro caso, Sabelucha... Llegará cuando seamos viejos, muy viejos. (Acariciándola.) Tú tendrás ciento treinta años... Y yo también seré muy viejo, más que tú, porque..., porque te esperaré, Sabelucha. (Procurando reprimir la emoción.) No querré morir mientras vivas, ni querré vivir cuando... cuando mueras. (Dominándose y en tono festivo.) ¡Ciento... treinta años! Seremos la pareja más vieja del mundo, y saldremos en todos los periódicos... Y en los noticiarios... (Acariciándola.) Tú serás una viejecita muy arrugada... Arrugada como una pasita, y...

ISABEL.—(Mirándolo con ternura.) ¡Jaime! (Suplicante.) ¿Por qué eres así? (Con desesperación.) ¿Por qué eres así? (Mirándolo y con repentina decisión.) Escúchame, Jaime; mira: yo... (Mirándolo y bajando la cabeza.) Es... es lo que te estaba diciendo antes... (Mirándolo.) Que quizá no merezca un amor como el tuyo... ¡No lo merezco! Pero...

Pero quisiera merecerlo, Jaime. (Con desesperación.) ¡Quisiera merecerlo! (Con dulzura.) Acuérdate... (Acariciándole el pelo.) Acuérdate..., después...

JAIME.—(Procurando sonreír.) ¿Después? ¿Después de qué, Sabeliña? (Se miran sonrientes, cambiando gradualmente su expresión, hasta quedarse serios. En la pausa que se establece, si se hace con los coros, se oye de fuera la voz de:)

D. LUCAS.—¿"Ti" ves, Chinto? Ahora suelto la derecha y... ¿"Viche"?

(Se oye ruido de palos, entrechocando y una carcajada de mozos y mozas. Isabel se cubra el rostro con las manos, sollozando.)

JAIME.—(Arrodillándose ante ella.) ¡Isabel! ¿Por qué lloras? ¡Dime!

ISABEL.—(Sollozando.) ¡No quiero... morir! ¡No quiero! (Jaime crispa las manos sobre su rostro.) ¡Ay, Jaime! (Recostándose en el sillón.) ¡Ay, qué mareo me está dando, Dios mío!...

JAIME.—(Mirándola despavorido.) ¡¡Isabel!! (Gritando.) ¡Enrique! ¡¡Enrique!! (Entra Pilar por la izquierda con una caja de madera, que deja en cualquier sitio, y corre hacia ellos.) ¡Enrique!

ESCENA XIII

PILAR.—¿Qué tiene, Jaime? ¡Isabel!

(Entran por el foro precipitadamente, Enrique, don Manoliño y don Lucas, con el garrote aún en la mano, si se hace con el concurso de los coros, cuyos componentes se agolpan en la puerta. Enrique coge una mano de Isabel y se inclina sobre ella; Jaime lo mira ansiosamente. Hay una pequeña pausa, e Isabel abre los ojos, mirándolo lentamente. Mira para su mano, cogida por la del médico, y se desase, cogiendo la de Jaime y refugiándose en él. Don Manoliño mira a don Lucas, moviendo la cabeza y éste deja el garrote en cualquier lado.)

ISABEL.—Ya me va pasando... No os asustéis...

PILAR.—(A Jaime.) Está sudando mucho, Jaime...

ISABEL.—(Sonriendo.) Fué un mareo con la debilidad... Ya estoy bien, pero... (Sonriendo a don Lucas.) Dejadme un momento con don Luquiñas...

D. LUCAS.—¿Y qué me quieres, "hijiña"? (Ella le sonríe.) Bueno, bueno... Como tú quieras, entonces. (Con un ademán.) ¿Quieren salir un momento? (Don Manoliño y

Pilar inician el mutis hacia el foro.) **Vamos a ver qué es lo que quiere Sabeliña... Vamos, Jaimiño...** (Jaime duda y se va también. Ella se incorpora, viéndole marchar hacia la puerta, acompañado de don Lucas, que vuelve hacia ella.)

ISABEL.—(Con dulzura.) **Cierre la puerta, ¿quiere?**

D. LUCAS.—(Cerrándola.) **¿Y para qué tanto misterio, hijita? Ya está..., ¡ya está!** (Acercándose a ella. **Vaya, aquí tienes a don Luquiñas.**

ISABEL.—(Sonriendo.) **Quiero... ¡quiero confesión!**

D. LUCAS.—**¡Mujer, que no estás para eso, Sabeliña!** (Ella mueve la cabeza.) **Bueno, mira, para hablar con Dios siempre te es ocasión...** (Sentándose a su lado y santiguándose.) **Dime, hijiña: dime, que te escucho.**

ISABEL.—(Haciendo un ademán.) **Ayúdeme, don Luquiñas... Quiero ponerme de rodillas...**

D. LUCAS.—(Deteniéndola.) **No, hijita, no. Déjate estar así, que es tu alma, nada más, la que tiene que estar arrodillada... Y llámame Padre, ¿sabes? Anda, hija mía...** (Sonriéndole.) **Dime esos grandes pecados.** (Isabel solloza tenuamente.) **No llores, "neniña", y acuérdate de aquella oración de niña; ¿no sabes Que para Dios te somos siempre niños... Cuatro angelitos... tengo a mi lado. Dos a los pies... Dos a la cabecera... Y los cuatro sonrien... Y me tienden los brazos... Dime, neniña, dime: ¿de qué te acusas?**

ISABEL.—**Yo... Acérquese más, don Luquiñas...** (Este le hace un gesto de dulce reproche.) **¡Padre!** (Don Lucas afirma dulcemente.) **Yo...** (Don Lucas se inclina sobre ella, que empieza a hablarle mímicamente, mientras el telón, lentísimo, inicia su bajada. El sacerdote, sin mirarla, sonrie y escucha con lentos movimientos afirmativos. Después la mira con sorpresa, mientras que ella, sollozando, cae sobre su pecho. Don Lucas eleva la mirada a lo alto y el telón cae de golpe.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Sobre la cómoda o pequeño armario, que está situado al lado de la puerta de la derecha, una imagen religiosa bajo la campana de cristal. Al lado, una fotografía, ampliada, de Isabel. Al pie de la imagen, luce una lamparilla colocada en un vaso.

ESCENA I

(Frente a la imagen, arrodillados y utilizando las respectivas sillas como reclinatorios, don Lucas, que dirige el Rosario, doña Remedios, Pouca Cousa, Pilar y Jaime. Todos enlutados.)

TODOS.—(Menos don Lucas.) **Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. ¡Amén!**

D. LUCAS.—¡En la sagrada llaga de tu pecho, reclínala, Señor!

TODOS.—¡Amén!

D. LUCAS.—¡Requiescat impace!

TODOS.—¡Amén!

(Don Lucas y las mujeres se santiguan, levantándose. Doña Remedios aun queda arrodillada, inclinada la cabeza sobre el respaldo de la silla; Pilar y Pouca Cousa la instan y ayudan para que se levante, sentándose todos los personajes menos Jaime, que sale lento y abatido por el foro, y Pouca Cousa, que se queda arreglando algo en la cómoda.)

ESCENA II

D. Lucas.—Es raro que no haya venido don Manoliño al Rosario.

PILAR.—Le fué con don Enrique a las anguilas.

POUCA COUSA.—(Refunfuñando.) **Para las que cogen, que nunca le pillan ninguna.**

PILAR.—¿Y usted se fijó, don Luquiñas, que don Manoliño ya le está bien de la cabeza?

D. LUCAS.—(Sonriendo.) Eso parece, Pilariña.

PILAR.—Le hizo mal don Enrique en curarlo, que así ya usted no será arzobispo, don Luquiñas... (Echándole un brazo por el cuello a la abstraída doña Remedios.) Y tú, tiiña, no estés tan triste...

DOÑA REMEDIOS.—(Con dulzura.) ¿Y me voy a reír, Pilariña?

DON LUCAS.—No, señora, no; pero hay que animarse un poco, que ese dolor le es como un reproche a Dios.

POUCA COUSA.—¡Sí, señor Cura! Tiene que reñirla, que le pasa todo el día por los rincones y le come menos que un pájaro triste... Y ayer le dió un mareo que le cayó espatarrada, así Dios me salve.

DON LUCAS.—(Moviendo la cabeza.) Hay que resignarse con lo que Dios dispuso, doña Remedios.

DOÑA REMEDIOS.—Ya me resigno, ya, aunque no le acabo de comprender porqué Dios se llevó a mi hijiña y me dejó a mí en el mundo.

PILAR.—(Acariciándola.) Ella es feliz, tiiña, y en el Cielo espera.

DOÑA REMEDIOS.—Sí, Pilariña, sí; eso es cierto, gracias a Dios. (Animándose.) Y es que te somos muy egoístas, que yo te debía estar contenta por su contento...

PILAR.—¿Y no vas a sonreír, entonces? (Tratando de animarla.) ¿A que no sabes que le salió novio a Pouca Cousa?

POUSA COUSA.—(Viniendo hacia ella, iracunda.) ¿Y no te callarás, laberca? No le hagas caso, señora, que le es un falso testimonio, así Dios me salve.

DOÑA REMEDIOS.—(Sonriendo, tenue.) Déjala, déjala...

PILAR.—Y me parece que se nos casa, ¿sabes?

POUCA COUSA.—¡Cásate ti, que más falta te hace!

DON LUCAS.—(Sonriendo.) Algo oí de eso... Pero ten cuidado, Pouca Cousa, que el tío Andrés te es muy pillo y sabe que tienes que tener buen peto... ¡Ten mucho ojo!

POUCA COUSA.—¿Y luego, don Luquiñas, es entonces que viene por mi capital?

(Pilar ríe alborozadamente, y don Lucas sonríe.)

DOÑA REMEDIOS.—¿No es hora de que recojas las gallinas?

POUCA COUSA.—¿Y usted se cree que tengo cuatro ma-

nos, señora? Falta me hacían, abofé que sí. ¡Y seis también!

DOÑA REMEDIOS.—¿Trajo Manueliño la hierba para las vacas?

POUCA COUSA.—¿Y por qué no la iba a traer? Y bien temprano que le vino hoy, que dice que ayer le vió un lobo por enriba del prado, y que dice que le estaba muy sentado viéndole cortar la hierba...

DON LUCAS.—Malo te es que bajen de la montaña...

PILAR.—(A doña Remedios, que volvió a abstraerse.) ¿Oyes, tía? Dice que Manueliño vió un lobo en el prado...

POUCA COUSA.—Sí, señora, y le echó a correr, que le es un mozo la mar de valiente con las tazas de caldo... ¡Abofé que sí, señora!

PILAR.—(Sonriendo.) ¿Y entonces, qué iba a hacer?

POUCA COUSA.—¿Y qué hice yo, cuando me atopé con aquel en el camino de la Curuxa?

PILAR.—(Mirando a su tía.) Pero dicen que aquello no era un lobo, que te era un cadelo... ¿Verdad, tiíña?

POUCA COUSA.—(Iracunda.) ¡Era o demo que te leve! No te era un perro, que le era un lobo, como un burro, perdonando la comparanza, señora... ¡Un cadelo! ¿Y qué hice yo? ¿Non sabes lo que hice?

DOÑA REMEDIOS.—¿Y no lo vamos a saber, si lo contaste tantas veces, Pouca Cousa?

POUCA COUSA.—(Refunfuñando.) ¡Pouca Cousa! ¡Pouca Cousa! Le seré poca cosa, sí, señora, pero ahí le tiene a Manueliño, que le és un mozo como un castillo y le corría como una gallina, que hasta le perdió un zueco con la prisa.. Pues yo, cuando me atopé con aquel animal tan grandismo, voy y me quito el pañuelo de la cabeza y... (Doña Remedios le dice, mímicamente, algo a Pilar) le hice así con él... (Haciendo que agita algo). Y le dije: ¡Ey, Alfonso! ¡Vaite de ahí, Alfonso! (A Pilar, que habla mímicamente con doña Remedios.) Que los bichos te agradecen mucho los nombres de cristiano y te es como si tuvieras trato con ellos, porque... (Se interrumpe, iracunda, viendo que no le hacen caso.) ¡Bah! (Iniciando el mutis.) ¡No le hacen caso a una, como si...!

DOÑA REMEDIOS.—(Levantándose.) ¿Ya pelaste las patatas para el caldo?

POUCA COUSA.—(Agria.) ¡No, señora! ¿Usted vió que parara en todo el día?

DOÑA REMEDIOS.—Anda, anda, que siempre estás rosmando...

POUCA COUSA.—¿Y no he de rosmar, que no tuve tiempo ni para lavarme la cara hoy?

PILAR.—Ni ayer. (Pouca Cousa se detiene y se vuelve hacia ella.) ¡Ni anteayer!

POUCA COUSA.—(Volviendo a avanzar.) ¿Y a ti qué te importa? Basta que te la laves tú, neniña, que a mí nadie me la mira ya, y...

PILAR.—(Haciéndola una fiesta.) Y el tío Andrés..., ¿no te viene a tunar?

POUCA COUSA.—...y tú, aunque la tienes bien reluciente y bien guapiña, puede que te sea igual, que puede que no te miren los ojos que querías que te miraran. ¡Abofé que sí!

DOÑA REMEDIOS.—(Mirando rápidamente a Pilar, que está confusa.) ¡Cállate! ¡Cállate ya, que tienes mucha lengua que te sobra!

POUCA COUSA.—(Refunfuñando.) Y luego, ¿para qué me llama puerca? ¡Porca! ¡Porca! (Saliendo por la derecha.) ¿Y no me lavé la cara el domingo? ¿Y entonces?

ESCENA III

DOÑA REMEDIOS.—(Iniciando el mutis por la izquierda.) ¿Vamos allá, don Lucas, a ver si encontramos algo?

DON LUCAS.—Sí, señora, sí, que el invierno se echa encima y de ropa le andan mal mis pobriños... (Salen por la izquierda.)

ESCENA IV

(PILAR, sola, da unos pasos por la escena y se acerca al foro mirando hacia afuera con interés. Vuelve a entrar POUCA COUSA por donde salió y se dirige a la cocina. PILAR vuelve al centro de la escena.)

PILAR.—(Sonriente.) ¡Hola, Pouca Cousa! (Intenta hacerle una fiesta y ella le rechaza.) ¿Estás incomodada conmigo?

POUCA COUSA.—(Ofendida.) ¡Vaite a rezar!

PILAR.—(Agarrándola, sonriente.) ¡Si te fué una broma, mujer! Oye, mira, ¿no sabes que tengo pensado regalarte un pañuelo para la cabeza?

POUCA COUSA.—(Irónica.) ¿Sí? ¡Vaya, neniña! ¿Y qué milagro es ese?

PILAR.—Y luego, ¿no te regalo algo siempre el día de

la fiesta? (Sonriéndose.) Que ya sabes que te quiero bien y me gusta tener atenciones contigo...

POUCA COUSA.—Bueno, bueno... ¡Menos leria! ¿Qué es lo que quieres entonces?

PILAR.—¿Y cómo te gusta, liso o rameado? ¿O quieres mejor unas puntillas, por si te casas y...

POUCA COUSA.—(Iracunda.) ¡Y dale, Juana! ¡Mira que no me gustan esas bromas, Pilariña!

PILAR.—¿Y por qué no te vas a casar, si es un hombre que te tiene ley? (Pouca Cousa la mira desconfiada.) Lo malo que tiene son los hijos cativos que le quedaron de la segunda mujer, que te son aún muy pequeños, y que tú, claro, empieces a tener familia...

POUCA COUSA.—¿Y por qué no la iba a tener, como la primera? (Iniciando el mutis hacia el foro.) Y déjame, que tengo que recoger las gallinas...

PILAR.—Aún queda mucho día... Oye, Pouca Cousa; ¿y si me echaras las cartas en un momento?

POUCA COUSA.—¡Ah! ¿Te era eso, entonces? Pues espera sentada... ¡No tengo labor de más prisa, abofé que sí!

PILAR.—(Zalamera.) Anda, mujer, échamelas... Es que tú las echas muy bien, ¿sabes? Que ya ves que podía ir a la tía Lambizos, que por tres patacones...

POUCA COUSA.—¿Y qué sabe esa famenta? ¡Vai, vaite a junto de ella, que te va a decir muchas cosas!

PILAR.—No, que quiero que me las eches tú, que aciertas mucho... La tía dice que no hay otra como tú para esto.

POUCA COUSA.—(Sacando de la faltriquera una baraja mugrienta.) No, si jarabe de pico no te falta, no, señora. (Acercándose a la artesa en la que está abierta la cajita del primer acto.) Qué de palabras dulces te está el mundo lleno... (Barajando con soltura.) Que con el pañuelo no cuento, que te sería tonta...

PILAR.—(Separando la cajita, para dejar sitio.) Que sí, que pienso comprártelo cuando vaya a Santiago.

POUCA COUSA.—Corta, entonces... ¡No, con la izquierda! (Distribuyendo las cartas en montones.) Pues si te acuerdas de mercarlo, ¡que no te acordarás, claro!, que sea floreado, como el que se mercó la hija de "Pesperella". (Extendiendo las cartas.) Bueno... Esto no te empieza mal, que las copas y los bastos no te son malos... Y ahora el as de las copas, que te quiere decir sorpresa agradable... Pero lo malo es que te viene con dos sietes seguidos, que te son lágrimas... (Mirándola e interrumpiéndose.) Vas a llorar, ne-

niña, y te es lástima, que si sale otro siete te era boda... (Sigue mirando las cartas.) El rey de oros... ¡mala centella lo coma!, que te es un hombre que quiere hacerte daño... Y que te hará, porque salió al revés, Pilariña... Pero, aguarda... Este caballo de copas te es un militar que tiene que entrar en la familia... Y viene acompañado del siete del mismo palo, lo que te quiere decir que tus hijos tendrán mucha satisfacción... Mira, el nueve de oros... Vas a hacer un viaje por mar, de repentemente. El rey de espadas, que sale del revés... Vas a tener un pleito, neniña, que vas a perder... Pero viene acompañado del seis de oro, que te quiere decir que ganarás a la lotería... Aquí está el caballo de bastos, Pilariña, que te es boda... Pero el condenado salió del revés, y cuando te sale así te quiere decir que va a haber sus más y sus menos... Pero, ¡míralo! Aquí tienes el as de los oros, neniña, que te es victoria... Me parece que te casas Pilariña.

PILAR.—Oye, Poca Cousa; es de veras que pienso comprarte el pañuelo.

POCA COUSA.—(Atenta a las cartas.) Vuelve a salir un viaje por mar... (Mirándola.) A lo mejor vas a Madrid, neniña.

PILAR.—(Sonriendo tenuemente.) Pero... Pero a Madrid se va en el tren...

POUCA COUSA.—(Siguiendo.) Aquí salen papeles de herencia... Consejos... El ocho de oros te quiere decir que te volverás a amigar con una persona que está reñida... (Pilar mira lentamente hacia la fotografía de Isabel.) ¿Ves? Salen lutos pasados... Celos... Dinero... Y mira qué bien termina: tres bastos con una espada, que te quiere decir cumplimiento de deseos, así Dios me salve. (Por el foro entra, abatido, Jaime, y ella recoge apresuradamente las cartas.) Y me voy a recoger las gallinas, que no haces más que entretenerme... (Refunfuñando al salir.) ¡Claro que la culpa la tengo yo, que si no te hiciera caso!...

(PILAR va sonriendo hasta el foro, con ella. Mientras, JAIME se sienta en la artesa y acerca la cajita, mirando su contenido PILAR, desde la puerta, lo mira moviendo la cabeza y avanza lentamente hacia él.)

ESCENA V

PILAR.—(Dulcemente.) ¿Te voy preparando las flores, Jaime?

JAIME.—(Abstraído.) ¿Eh? ¡Ah, sí! Mira... Mira esto,

Pilar... Estos pendientes se los había comprado en un viaje que hice a Lisboa... Y este brazalete se lo había regalado el día de su santo, el último año... (Moviendo la cabeza.) ¡El último año!

PILAR.—¡Así lo quiso Dios!

JAIME.—Mira, mis cartas... Todas las que le mandaba en mis viajes... ¿Y eso?... ¡Ah, sí! Una receta de Enrique... Fíjate qué letra tiene... Mira, otra. (Leyendo.) He-mo-me-tina... Era para las hemorragias, ¿sabes?

PILAR.—¿Por qué no dejas eso? ¡Tienes que sufrir mucho!

JAIME.—No, no te creas... Por el día lo soporto bien; lo peor es cuando duermo... ¡No, no; cuando despierto! Entonces me digo: "Sabeliña murió". Y es una sorpresa, un dolor nuevo de cada mañana; tan nuevo como el del mismo día aquel, como si se muriera todos los días, y...

PILAR.—Ese dolor te irá pasando, Jaime.

JAIME.—... y por eso no quiero dormir. (Pensativo.) Aunque sería preferible no despertar y que el dolor esperara todas las mañanas inútilmente... (Pilar, a su espalda, mueve la cabeza y sus manos esbozan un gesto revelador, apasionado.) Y dormir, morir, soñar... ¿Soñarán los muertos, Pilar?

PILAR.—No hables así, que me das miedo.

JAIME.—(Pensativo y sonriente.) Ella sonreía como si estuviera soñando... ¿Por qué sonríen los muertos, Pilariña? ¿No lo pensaste nunca? Es..., es como si supieran un secreto dulce, algo que... Sí, algo que trascendía de su carita tan hermosa, tan pálida, tan llena de dulzura pensativa y jubilosa..., y también dulcemente burlona... ¿Tú te fijaste, Pilar? (Pilar hace un gesto de temor y él la mira.) No; ¿por qué temer a la muerte si los muertos sonríen... así?

PILAR.—¿Y por qué estás pensando siempre en eso?

JAIME.—(Pensativo.) El sonreír de los muertos... ¿Qué misterio hay en su glacial sonrisa iluminada? (Moviendo la cabeza, absorto.) ¡Oh! ¡Saber intuir lo que esconde esa sonrisa... Saber por qué en el rostro blanco del viejo mendigo muerto hay más augusta majestad que la que tiene un rey vivo...

PILAR.—¡Calla, Jaime!

JAIME.—...y saber por qué la virgen, la doncella muerta, también sonríe... Y hasta el amante arrancado del amor... ¿Qué querrá decirnos con el jubiloso resplandor de su sonrisa incomprensible? ¿Qué maravillas grandiosas guarda la

Muerte en sus alcázares del Silencio? (Moviendo la cabeza y riendo tenuemente.) Ese es el secreto de los muertos, Pilariña: el secreto que guardan para que sigamos viviendo: el secreto que, a saberlo los mortales, sonarían jubilosas las campanas funerales y los crespones negros tendrían la alegría triunfal de las banderas... (Riendo, excitado.) Y las lágrimas serían risas claras por los que se han redimido del pecado de vivir... (Excitado.) Por eso mi muera sonríe, Pilariña, y se burla dulcemente de mi pobre dolor humano que no comprendía, que no podía comprender lo que no es humano... (Riendo tenuemente y recobrándose.) ¡Oh, cuántas cosas inefables hay en todo eso, si vieras!

PILAR.—Sí que es muy bonito, pero me da miedo que lo pienses... Así no podrás vivir, y yo..., todos queremos que vivas y seas feliz, que la vida te es muy bonita, Jaime... (Acercándose más a él.) Que los prados, y los montes, y el río se llenan de sol en el verano. Y al atardecer, la campana de nuestra iglesia parece que te habla y que está triste... Pero te está alegre, ¿sabes?, aunque te haga llorar... (Evocadora.) Y en el invierno te está lloviendo y el campo te está como callado, y en la casa el fuego canta y huele a monte... (Sonriendo, abstraída.) Y ya te es la hora de la cena y los hijiños corren y juegan por la cocina... Después, el acostarlos, que no quieren... Y hacerlos rezar las oraciones con sus maniñas juntas, tan bonitas como las del neniño Jesús... Y también sus risas, que te son como el piar de los pelachos en su nidiño caliente, y... (Jaime la mira), y por eso te decía que... (Confusa), que el vivir te es muy bonito...

JAIME.—(Moviendo la cabeza con pena.) También... También podría ser hermoso el vivir.

PILAR.—Pero tú, allá en Madrid... (Mirándolo.) Porque te irás pronto ya, claro. (El niega lentamente.) ¿No? Pues don Enrique me dijo que os marchábais de aquí a unos días...

JAIME.—No; yo me quedo. (Pilar hace un gesto de discreta alegría.) Yo me quedo aquí, con ella.

PILAR.—(Cortando discretamente su gesto.) ¿Te preparo las flores, entonces? (Jaime afirma y ella va lentamente hacia el portillo.) Pero ¿por qué vas a camposanto a estas horas y por qué no vienes por la mañana con nosotras?

JAIME.—(Sonriendo.) Me gusta más al atardecer; por la mañana los pájaros están demasiado alegres... (Volviendo a ocuparse del contenido de la caja.) Ahora todo es quietud y paz, como si la Vida quisiera morir también.

ESCENA VIII

(JAIME sigue acariciando y contemplando el contenido de la caja, que, en uno de sus movimientos, cae al suelo, desparramándose su contenido. Se inclina a recogerla y vuelve a ponerla sobre la artesa, viendo sorprendido que la tapa tiene un doble fondo que se desprendió con el golpe. Asombrado, saca dos o tres cartas que empieza a leer, se pasa una mano por la frente, se levanta, etc., quedando en el centro de la escena, aturdido, mientras sale DON LUCAS por la izquierda, examinando cuidadosamente los fondos de unos pantalones.)

ESCENA IX

D. LUCAS.—(Mirando los pantalones.) **¿Vamos, Jaimiño? Mira qué bien le bienen al viejo "Carraquito", que te anda enseñando a toda la parroquia lo que debía tener bien guardado...** (Yendo hacia él.) **¿Vamos?** (Mirándolo.) **Pero... ¿no me oyes?** (Sacudiéndolo por un hombro.) **¡Ey, "ti", Jaime!** (Jaime lo mira asombrado, como si no lo conociera, y tras una pequeña pausa rompe a reír tenue y repentinamente, cesando de súbito en su risa y volviendo a mirarlo con asombro.) **¿Y luego, qué te pasa, Jaimiño?** (Dejando los pantalones en una silla.) **¿Qué tienes, "hom"?** (Jaime le extiende temblorosamente la carta, y, mientras el cura lee, se la señala con el índice tembloroso. Don Lucas lee y mueve la cabeza con amargura, guardando después la carta en la sotana.) **Ven, hijo, ¡ven!** (Cogiéndolo por un brazo.) **Ven, Jaimiño, ven a sentarte...** (Sentándolo.) **Que tengo que hablarte, ¿sabes?** (Jaime solloza súbitamente.) **Tranquilízate, "hom", Jaimiño...** (Acercando una silla y sentándose a su lado.) **Mejor me era ser boticario, de veras, que estas cosas...**

JAIME.—(Con voz ahogada.) **¡Ella...!**

D. LUCAS.—(Moviendo la cabeza.) **Sí, hijiño, sí, y escúchame, que tengo que hablarte en nombre de la pobriña muerta... Para que la perdones como la perdonó Dios, nuestros Señor...** (A sus espaldas, por la izquierda, aparece DOÑA REMEDIOS con cinco o seis platos apilados en sus manos. Al verlos, retrocede, con naturalidad, y vuelve a salir por donde entró.) **No te es secreto de confesión, ¿sabes?, que ella me pidió que te lo dijera... Pero yo, ¡Dios me lo perdone!, no te lo hubiera dicho nunca... ¡No; por mí no lo hubieras sabido!... En esta vida, claro, que en la otra ya ella sabría hacerse perdonar de ti y hacerte comprender lo que mis pocas**

luces no pueden. Porque ya ves lo que son las cosas, Jaimiño: ella era buena y te quería, que me lo dijo cuando se dicen las verdades que hasta nunca se quisieron pensar... Y me dijo: "¡Dígale que lo quise siempre, don Luquiñas!"

JAIME.—Pero... ¿por qué me engañó con este canalla, con este...?

D. LUCAS.—¡Ay, Jaimiño! Yo, yo que te ando siempre revolviendo en las almas, que te es mi oficio, cada vez te sé menos de esas cosas... Pero me parece que en estos pecados de la carne los pecadores no te engañan a nadie, que se engañan ellos mismos... (Moviendo la cabeza.) Y las mujeres... Te son pecados de mujer, que todas te debían nacer viejas, Jaimiño, para que tuvieran más sentido, que te son como niños grandes y curiosos del Mal.

JAIME.—(Con amargura.) ¡Isabel! ¡Isabel!

D. LUCAS.—¿Y luego, ya no la llamas Sabeliña, "hom"? (Mirándolo.) "Dígale que lo quise siempre y que me perdone, don Luquiñas." (Jaime ríe silenciosamente y con sarcasmo.) ¡No! ¡No te rías, que es la muertiña la que te está hablando! (Con dulzura.) Dios perdona siempre al que peca y se arrepiente... Y tú, Jaimiño, que eres nada más que un hombre, debes perdonar.

JAIME.—(Sordamente.) ¡No! ¡Nunca!

D. LUCAS.—¿No? ¿Tanto puede el Mal, entonces? (Mirándolo.) Es que eres mozo aún, y estás dolorido... Que también los hombres te debían nacer viejos para comprender a las mujeres y para saber perdonarles sus pecados de mujer.

JAIME.—¡No! No puedo... ¡No puedo comprender...!

D. LUCAS.—(Atajándolo con dulzura.) ¡Por eso! Por eso te pido que perdones, que si comprendieras, puede que sobrara tu perdón... (Jaime lo mira.) Sí, hijiño, sí: ¿Qué es y quién es un hombre para perdonar? "El que esté limpio de culpa, que tire la primera piedra"... (Sonriendo.) Por eso sólo Dios puede perdonar, Jaimiño, que sólo El te está limpio de culpa... Tú, no; nosotros, no, que en el pecado de los demás siempre tenemos parte, ¡siempre, Jaimiño!... Y te es por eso que siempre debemos perdonar, que te es buen negocio, porque al perdonar a los demás nos perdonamos a nosotros mismos.

JAIME.—Pero... ¿qué hice yo? ¿Es..., era un pecado adorarla?

D. LUCAS.—Pues..., ¡ya ves! Sí que lo era... La adoraste como a una santa y no te era más que una mujer; hay que cuidarlo como se cuida un campo, que si echas a montones

la simiente no recogerás cosecha, porque las plantas se ahogarán unas a otras, ¿sabes? Y tú hiciste eso: montones de amor, que así, sembrado a montones, te da muy mala cosecha de amor... Sí, Jaimiño, sí; sólo en Dios se puede sembrar sin tino, que ahí sí que cuanto más siembres más recogerás... Pero con los hombres y con las mujeres, no, que mejor que querer mucho te es querer bien. (Por el foro entra PILAR terminando de atar un ramo de flores.) Y anda, vámonos dando un paseo hasta el camposanto, que tenemos que hablar mucho...

ESCENA X

PILAR.—(Mirando a Jaime, extrañada.) **Buenas tardes, don Luquiñas...** (A Jaime.) **Toma las flores...**

JAIME.—¿Eh? ¡Ah, las flores!

D. LUCAS.—(Cogiéndolo por un brazo.) **Anda, vamos.**

JAIME.—(Riendo tenuemente mientras aprieta entre sus manos el ramos de flores.) **Oye, Pilariña, dice: ¿los cerdos, que comen todo, comerán también las flores?** (Pilar, asombrada, mira a don Lucas.) **Pues..., ¡dáselas!** (Tirando violentamente el ramo.) **¡Dáselas, anda!** (Iniciando un atropellado mutis por el foro.) **¡Que se las coman! ¡Que se las coman!**

PILAR.—(Saliendo tras él.) **¡Jaime! ¿Qué tienes, Jaime?** (Don Lucas mueve la cabeza con amargura, y en la pausa que se establece se oye, en dirección a la puerta de la izquierda, un estrépito de platos rotos; DON LUCAS, extrañado, va hacia la izquierda, mientras se oyen, por el interior, unos pasos precipitados y la voz irritada de.)

VOZ DE POUCA COUSA.—¿Y luego usted está tonta, señora. ¡Ave María, unos platos tan "carismos"! (Se oye caer otro plato.) **¡Eso es, tírelos todos, todos! ¡La casa por la ventana!** (Con cambio de entonación, tras una pequeña pausa.) **¡Ay, señora, ¿qué le pasa entonces?** (Gritando.) **¡Pilariña, ven!** (Entra DON LUCAS por la izquierda, rápido.) **¡Ayúdeme, don Luquiñas, que se me cae!**

VOZ DE D. LUCAS.—¿Y qué le pasa, doña Remedios? Venga, venga... (Salen por la izquierda, sosteniendo a doña Remedios, que mueve la cabeza con angustia.)

ESCENA XI

POUCA COUSA.—(Irritada, ayudando a sentarla.) **¿Y no le van a dar estos patatús si no le come nada? ¡Que aun hoy le traje unas parrochas que estaban saltando y no las probó!**

D. LUCAS.—¿Está mejor ya, doña Remedios?

D.ª REMEDIOS.—Gracias, don Lucas, que ya estoy bien.

POUCA COUSA.—(Refunfuñando.) ¡Sí, señor, que le está "devinamente! (Iracunda, amenazándola.) ¡Le voy a dar un poquiño de caldo!

D.ª REMEDIOS.—Deja, deja, que pronto cenaremos...

POUCA COUSA.—¿Y un musliño del pollo que sobró del mediodía, entonces?

D.ª REMEDIOS.—No quiero nada...

D. LUCAS.—(Moviendo la cabeza.) Esto no puede ser así, que hay que cuidar la vida que Dios nos dió.

POUCA COUSA.—(Amenazadora.) ¿Y un buche de vino, tampoco?

D.ª REMIOS.—(Con angustia.) No quiero nada... ¡No quiero nada, Pouca Cousa!

D. LUCAS.—Déjala... Déjala, Pouca Cousa.

POUCA COUSA.—Pero... ¿y usted no la ve, don Luquiñas, que esto le es tentar a Dios? Le di unas parrochas que le estaban saltando, mismamente saltando, y no las quiso comer...

D. LUCAS.—¿Y como las iba a comer si dices que estaban saltando?

POUCA COUSA.—¡Bueno! ¿Y a mí que me importa, si no quiere comer? (Saliendo por la derecha.) Abofé que le soy tonta, "o demo me leve".

ESCENA XII

D. LUCAS.—(Sonriendo.) Le es muy buena persona esta Pouca Cousa... ¿Está ya bien, verdad? (Mirándola.) ¿Y cómo le fué eso?

D.ª REMEDIOS.—Ya me pasó ayer lo mismo..., y ahora le venía por aquí con los platos y me pasó una cosa por la vista...

D. LUCAS.—(Socarrón.) ¡Ah, le fué la vista, entonces! (Mirándola.) ¡Vaya, vaya, vaya.!

D.ª REMEDIOS.—Ahora que, eso sí, me pasan pronto, ¿sabe?

D. LUCAS.—Más vale así. (Cogiendo los pantalones.) Pues hasta mañana, entonces, doña Remedios, y que se mejore...

D.ª REMEDIOS.—Hasta mañana, si Dios quiere, y gracias, don Lucas... (El cura va hacia el foro y ella extiende súbitamente una mano.) ¡Ah! (El cura se vuelve.) ¿Y no se olvidará, verdad, de lo que le dije de las misas? (Don Lucas hace un gesto de ignorancia.) ¿Y no se acuerda que le dije que las que no tuviera comprometidas las dijera por...

D. LUCAS.—(Atajándola.) ¿Y está segura que me dijo eso?

D.ª REMEDIOS.—¿No se lo dije ayer, don Lucas?

D. LUCAS.—Pues no me acuerdo... Se conece que le voy siendo viejo, ¿sabe?

D.ª REMEDIOS.—No; puede que no se lo dijera, que se me olvidara, que como la tengo así la cabeza.

D. LUCAS.—Puede que sea sí, señora.

D.ª REMEDIOS.—Pues le quería decir que todas las misas que pueda las diga por... por la Santa Compaña, ¿sabe?

D. LUCAS.—(Mirándola.) Las ánimas del Pugatorio, claro.

D.ª REMEDIOS.—¿Y no le es lo mismo?

D. LUCAS.—(Mirándola.) Pero..., pero la "neniña" le murió en la Gracia, y yo... Yo la perdoné, en nombre de Dios, los pecados que pudiera tener, que todos los tenemos, claro.

D.ª REMEDIOS.—(Suavemente.) Ya lo sé, señor cura, que esto no lo hago por mi hijiña... Pero quiero decir las misas que se puedan por las almas de los pobriños pecadores que tienen que esperar el perdón de los hombres que ofendieron para que Dios, nuestro Señor, los saque el infierno frío...

D. LUCAS.—El Purgatorio, doña Remedios... ¡El Purgatorio! Bueno, bueno... Le es una obra de caridad y diré las que pueda... Que no son muchas, ¿sabe? (Mirando y tras una pequeña pausa.) Y por la neniña no se preocupe, que la misiña que le digo a ella, la de las siete, esa le va derecha al cielo... (Con emoción.) Que cuando alzo (Haciendo el gesto lento.) ...y la ofrezco a Dios por el alma de Sabeliña... (Sonriendo enternecido y procurando reprimir la emoción.) ¡En fin! Que llega, ¿sabe? ¡Que llega, sí, señora! (Doña Remedios en un impulso le besa la mano sollozando.) ¡Vaya, vaya! Hasta mañana, si Dios quiere... (Se va hacia el portón y se cruza con PILAR, que llega, hablan los dos mímicamente, mientras DOÑA REMEDIOS inicia el mutis hacia la izquierda y se vuelve, coge el ramo de flores que hay en el suelo, lo acaricia con ternura discreta y lo coloca al lado de la lamparilla, al pie del retrato de su hijo. Después sale por la izquierda.)

ESCENA XIII

PILAR.—(Señalando.)—...y le está allí, cerca del hórreo... ¡Vaya usted con él, don Luquiñas!

D. LUCAS.—¡Allá voy, entonces!

PILAR.—(Deteniéndolo y con timidez.) Y la tía..., ¿sabe algo?

D. LUCAS.—(Candorosamente.) ¿Y qué es lo que va a saber, Pilariña?

PILAR.—¿No... no oyó nada?

D. LUCAS.—¿Y qué iba a oír?

PILAR.—(Con inocencia.) ¡Nada!

D. LUCAS.—¿Y entonces? (Acariciándola.) ¿Y por qué te relucen tanto los ojos, mociña? (Ella baja la cabeza.) No los escondas, Pilariña. (Sonriendo.) ¿En el hórreo, verdad? (Marchando.) "Estade tranquilas si no viene Jaimiño, que voy a ver si lo llevo a cenar conmigo, ¿sabes? (Salen hablando por la derecha.)

ESCENA XIV

(La escena sola, por un momento. Sale POUCA COUSA por la derecha con un caldero que lleva hasta la cocina, donde se pone a arreglar algo. En el dintel del portillo, por la izquierda, aparece sigilosamente TIO ANDRES, que mira hacia el interior y sonrie al ver a Pouca Cousa. Trae en el branzo, doblado, un pantalón de pana, y avanza, mientras habla.)

TIO ANDRES.—¿Hay licencia? (Entrando.) Aquí te traigo esto, que ayer no pude venir porque te fuí a Moedo a ver a una clienta, ¿sabes?

POUCA COUSA.—¿Y a mí qué me importa? (Cogiéndole desabridamente los pantalones.) Traiga... ¡Traiga! ¿Y los zuecos?

TIO ANDRES.—¡Ay, sí, los zuecos! Se me olvidaron... Ya sabía yo que me faltaba algo... ¡Y te eran los zuecos, cuyamente!

POUCA COUSA.—Y la vergüenza, que también le falta, que nunca la tuvo, así Dios me salve!

TIO ANDRES.—De mañana no pasa que te los traiga, que yo te soy un caballero, que tu bien lo sabes, que esto de devolverte las prendas te es de bien nacido... Y que lo hago por ti, bien lo sabe Dios, y que la razón es que te aprecio y te considero... Y con la falta que hacen esos zuecos, que ya ves que te ando con estos todos "rotiños" y con unos "buratos grandismos"... (Alzando un pie.) Mira, santiña: por este se ve el dedo gordo... Míralo... ¡Míralo!

POUCA COUSA.—¿Y a usted le parece que es una cosa de buena crianza enseñarle eso a una señora?

TIO ANDRES.—No te es por mal, que te es para que veas como ando, Pouca Cousa.

POUCA COUSA.—(Con los brazos en jarras.) ¿Y a usted quién le da confianza para llamarme así? ¿O se cree que no le tengo nombre de cristiano? Pues "saberá" que me llamo Hipólita!

TIO ANDRES.—¡Ah, Hipólita! !Vaites, vaites! Pues te es un nombre muy bonito, abofé que sí que con un nombre así no te deberías dejar que te llamaran Pouca Cousa...

POUCA COUSA.—¿Y qué? ¡También a usted le dicen por mal nombre "O Moucho".

TIO ANDRES.—(Sonriente.) Es verdad eso, Pouca Cousa... ¡Ay, dispensa! ¡Vaites con Hipólita! Pues te es un nombre muy bonito, que tiene su aquel y su correspondencia con la persona, porque tú siempre tuviste fama de guapa...

POUCA COUSA.—En mis tiempos le podía estar donde estuviera la primera...

TIO ANDRES.—(Moviendo gravemente la cabeza.) Así es, así Dios me salve. Y eso que antes no estabas tan "guapisma" como ahora, la verdad sea dicha.

POUCA COUSA.—(Halagada.) ¡Leria, leria! No, si pico no le falta, como a todos los Landruses que le andan atrás de las mujeres con capital...

TIO ANDRES.—(Convincente.) Haces mal en tirarme "indiruetas", Hipólita, que yo no te soy de esos, que te soy un hombre de bien, abofé que sí.

POUCA COUSA.—¡Claro que conmigo le viene apañao, que no le tengo ni lo que se dice un patacón partido por la mitad!

TIO ANDRES.—Bueno, bueno... No es que me importe, ¿sabes? Pero tienes que tener caudales, que llevas treinta años en esta casa y con su cuenta y razón de dos pesos al mes... (Reflexivo.) Te vienen a resultar unos veinticinco pesos al año, sin contar lo que se te escurra, que esta te es una casa muy abundante... De modo y razón que en los treinta años empetaste más de siete cientos de pesos, así Dios me salve... (Entusiasmado.) Pero... ¡mira que estás "guapisma" de verdad, Pouca Cousa! ¡Ay, dispensa!

POUCA COUSA.—¡Leria, leria!

TIO ANDRES.—Y yo tampoco te vengo desnudo, que te tengo una buena parroquia y unas docenas de pesos para el día de mañana... Ya verás que traje estreno para la fiesta... Y hasta te tengo impermiable, que te es de caballeros y de una tela "suavisma" y reluciente, que parece cuyamente de plata, y que me lo regaló una señora de Vimianzo que tenía un hijo con la paletilla caída... Ya verás, Hipólita, qué prenda tan "buenisma"... ¡Mira que te tenía ganas, desde rapaz, de tener un impermeable... Y mira: para que me veas con él, me lo pondré el día de la

fiesta, si no llueve, claro. Bueno, señor, bueno... ¡Vaites, vaites! ¿Y qué? ¿Qué es lo que me dices entonces?

POUCA COUSA.—¿Y de qué?

TIO ANDRES.—Ya sabes, mujer... "Respective" a lo que tengo dicho y a lo que tenemos hablado del casamiento, que creo que te conviene tener el amparo de un hombre y ser la señora de tu casa... Y ya ves que no te hablo de intereses, que yo busco en la mujer el contento ,la limpieza y la honradez, que te son las flores más preciadas...

POUCA COUSA.—¡Ya le dije que nó me corre prisa ninguna, que nadie corre detrás de mí!

TIO ANDRES.—(Gravemente.) Es verdad. En eso tienes razón, Hipólita.

POUCA COUSA.—¡Que me parece que atrás de lo que le corre usted es de los cuartos, tío Andrés!

TIO ANDRES.—(Con calor.) ¡Que yo no te soy de esos pillos, Hipólita, que esto te lo podían atestiguar mis difuntas, si vivieran... (Pouca Cousa lo mira recelosamente.) No tengas desconfianza y díme que sí.

POUCA COUSA.—(Turbada.) Váyase... Váyase, tío Andrés, no sea que venga la señora, que desde lo de la "neniña" no le gusta verlo...

TIO ANDRES.—(Con amargura.) Ya lo sé, santiña... Y te es un contradiós, abofé que sí, que yo te hice todo lo que pude, que aquella tarde, mismamente al salir de aquí, me fuí a la Raimalleira a ver si "atopaba" un sapo viejo... Que si lo cueces con vinagre y le das unas gotas al enfermo en el caldo, te sale el "aspiritu" maligno dando gritos "grandismos"... (Moviendo la cabeza.) Pero lo de Sabeliña te estaba de Dios, ¿sabes? Que cuando yo no la curé es que no te la curaba nadie y debías dejarme los zuecos, aunque no te fuera más que por tener un recuerdo de la rapaza... De los pantalones no te digo nada, santiña, aunque no te creas que no me hacen falta... (Sonriendo.) ¡Vaites, vaites con Hipólita! ¿Entonces, vengo mañana para que me contestes a eso? (Ella duda.) ¡Bueno, pues mañana aquí me tienes, santiña!

POUCA COUSA.—(Bajando la cabeza.) ¿Y tanta prisa le corre entonces?

TIO ANDRES.—¡Parece mentira, Hipólita, que me preguntes eso! (Ella por primera vez sonrie.) Que te estoy deseando abofé que sí! Y verás que casamiento de rumbo y de señorío, que va a dar que hablar, así Dios me salve! (Pouca Cousa, ruborosa, rie y le da la espalda.) ¡Vaites, vaites!

Bueno, y ya ahora, Pouca Cousa... ¡Ay, dispensa, que te es la costumbre!

POUCA COUSA.—Todo el mundo me lo llama...

TIO ANDRES.—Te es una prueba de confianza... Pues como te iba diciendo... (Acercándose a ella muy meloso, por la espalda.) Ahora que tú y yo vamos a ser uno y que lo tuyo va a ser mío...

POUCA COUSA.—(Sobresaltada.) ¿Eh?

TIO ANDRES.—(Precipitadamente.) ...y que lo mío va a ser tuyo, que el matrimonio te es lo bueno que tiene... (Sonriendo y muy meloso.) ¿No me vas a dar...? ¿Eh? (Muy enamorado.) ¿No sabes qué es lo que te pido?

POUCA COUSA.—(Sonriente.) ¿Y yo qué sé?

TIO ANDRES.—¿De veras que no lo sabes, santiña?

POUCA COUSA.—¿Y cómo lo voy a saber?

TIO ANDRES.—Te es una cosa que te pido, ¿sabes? ¿Me la vas a dar? (Sonriente.) Y anda, que tengo prisa, que aún tengo que ir a ver un "cuxo" que te tiene mal de ojo... ¿Eh, qué me dices, Pouca Cousa?

POUCA COUSA.—(Muy nerviosa.) ¡Qué "demo" de "home"! Yo..., yo le tenía entendido que... que eso no hace falta pedirlo... Y... y váyase, ande, que le es muy tarde...

TIO ANDRES.—(Satisfecho.) Tienes razón, santiña... (Cogiendo los pantalones e iniciando el mutis.) Te lo agradezco de veras... Y hasta mañana, si Dios quiere. (Saliendo de prisa.) Voy a ver al "cuxo" enfermo, que te son siete reales, por lo menose.. (Sale y ella queda inmóvil por un momento, sonriendo quietamente; se va borrando la sonrisa de su rostro y empieza a poner las sillas en su sitio con golpes secos, iracundos, saliendo al fin por la derecha, mientras entra PILAR por el foro.)

ESCENA XV

(Pilar avanza hacia la izquierda y mira para el interior. Va hacia la artesa y mira la caja, leyendo unas líneas de una de las cartas; después coge la caja y la examina de un manera ostensible, mostrando al público el doble fondo de la tapa. Se rie tenuemente y corta súbitamente su risa, mirando para el retrato de Isabel, y cruza la escena, avanzando hacia él y contemplándolo mueve la cabeza con amargura. Entra precipitadamente por el foro DON MANOLIÑO, con otro traje más elegante que el del primer acto, y ella se recobra.)

ESCENA XVI

D. MANOLIÑO.—¡Hola, rapaciña! ¿Vino ya don Enriquiño?

PILAR.—¿Y no fueron a pescar, entonces?

D. MANOLIÑO.—Sí, pero yo me vine antes, que tenía que preparar algunas cosas... Y me dió la vida que me voy en el automóvil de don Melchor, que va a Santiago, ¿sabes? Haré noche allí y mañana en La Coruña, en mi nuevo destino... Así es que vengo a despedirme, que salimos dentro de una hora.

PILAR.—Muy bien, don Manoliño... (Acercándose a la izquierda y llamando.) ¡Tía! ¡Tiiña! (Volviendo.) Le estará muy contento con el ascenso, ¿verdad?

D. MANOLIÑO.—Pues mira, rapaciña..., ¡no lo estoy! Y ya ves que de Ayuntamiento como este al de Coruña... ¿Eh? Pero es que te dejo aquí muy buenos amigos... (Entra DOÑA REMEDIOS por la izquierda.) Buenas tardes, doña Remedios.

ESCENA XVII

D.ª REMEDIOS.—Nos dé Dios, señor Secretario.

PILAR.—Viene a despedirse, que se va ahora... (Se oyen pasos por el foro y entra ENRIQUE, con un cestillo y una caña de pescar.) Aquí le tiene a don Enrique...

ESCENA XVIII

D. MANOLIÑO.—(Muy efusivo.) ¿Qué hay, don Enriquiño? ¿Pescó alguna? (Enrique niega, sonriente, volviendo de revés el cesto.) Bueno, no se preocupe, que ya tendrá todo el pescado que quiera... (Cogiéndole por un brazo.) Me voy dentro de un rato, ¿sabe?

ENRIQUE.—¿No era mañana la marcha?

D. MANOLIÑO.—Sí, pero le aprovecho que va hoy don Melchor a Santiago y así le ahorro lo del coche de línea... ¡Once reales y dos patacones!

PILAR.—(Sonriendo a su tía, que está hablando a Enrique.) Se nos va don Manoliño y nos quedamos sin la luz eléctrica, tiiña.

ENRIQUE.—(Riendo.) Ya todo eso pasó. (Don Manoliño ríe.) Fué usted mi primer caso y me felicito de su total curación... (Don Manoliño asiente gravemente.) Lo que sí hay que seguir cuidando es el intestino por un poco de tiempo...

D. MANOLIÑO.—Sí, señor, sí. ¡Descuide!

ENRIQUE.—...y seguir tomando el sedol, también.

D. MANOLIÑO.—También, sí, señor.

PILAR.—(Sonriendo.) ¿Y no se acuerda de cuando quería poner tranvías en la aldea, don Manoliño?

D. MANOLIÑO.—(Riendo con ganas y mirando para Enrique.) ¡De veras que estaba bastante chiflado! (A Pilar.) ¿Y cuándo..., ¡ja, ja ja!, le quise tirar la iglesia a don Luquiñas para hacer una catedral? (Riendo.) ¡Ay que ver las cosas que se le ocurren a uno con la "tolería"'. (Enrique y Pilar ríen, mientras aparece súbitamente en la puerta del foro "O CALADIÑO", un labriego de aspecto mísero, con barbas descuidadas y el traje hecho girones, lleno de barro de los caminos. Su expresión es quieta, mansa, llena de estupor.)

ESCENA XIX

D.ª REMEDIOS.—¡Jesús! ¡O caladiño! (El labriego, sin perder la expresión de estupor, avanza un paso hacia el interior y extiende una mano temblorosa hacia el pote de hierro colgado en la cocina, moviendo lentamente la boca.) Dale una taza de caldo, Pilariña... (Esta coge una taza y la llena, del pote.) Llénasela bien... (Pilar, temerosa, se la ofrece al labriego, que la toma y se a lleva a los labios sin perder su expresión estuporada.) ¡Que Dios te perdone, pecador!

ENRIQUE.—(A don Manoliño, con curiosidad.) ¿Quién es ese tipo?

D. MANOLIÑO.—Le es un espirituado que arrastra la Santa Campaña... (Enrique ríe.) Eso..., eso le dicen por aquí, ¿sabe?

D.ª REMEDIOS.—(Mirando a Enrique.) No se ría! (Pequeña pausa en que lo mira.) No se ría, que eso... (Señalando al labriego.) le es un castigo de Dios... (Con intención.) ¡Mírelo bien, don Enrique! ("O Caladiño" cesa de beber y parece escuchar algo, sin perder su expresión estuporada, deja caer la taza de sus manos y reanuda su marcha, lenta, como si lo "arrastraran".) Que así le andará al pobriño en el rastro de la Santa Compaña hasta que el ánima en pena que pecó con él le sea perdonada y salga del infierno frío... (Pilar da un pequeñísimo grito ahogado llevándose una mano a la boca y mirándola.) ¡No se ría¡ (Yendo hacia el foro y mirándolo.) Dispense que se lo diga, don Enrique.

ENRIQUE.—(Tras una pausa, y procurando contener la

risa.) Bien, don Manolito... (Extendiéndole una mano.) Que lleve buen viaje y... y hasta la vista.

D. MANOLIÑO.—¿Y no me dá un abrazo entonces? (Se abrazan mientras que Pilar va hacia la cocina y doña Remedios desde el foro mira hacia donde se fué "Caladiño".) Adiós, don Enriquiño, y muchas gracias por todo... ¿De veras que no quiere cobrarme nada?

ENRIQUE.—¡Quite usted allá, hombre!

D. MANOLIÑO.—Pues me gustaría que me cobrara algo, aunque fuera poco, ¿sabe?

ENRIQUE.—¡Nada, hombre! (Sonriendo.) No pensaba cobrarle nada... Ahora, que si usted tiene ese empeño...

D. MANOLIÑO.—(Precipitadamente.) Bueno, bueno... Pues muchas gracias, entonces... ¡Adiós, don Enriquiño, hasta la vista!

ENRIQUE.—(Entrando por la derecha.) Adiós... ¡Adiós, don Manolito!

ESCENA XX

D. MANOLIÑO.—(Viéndolo marchar.) ¡Qué buen rapaz es y qué simpático! Bueno, me voy antes que se eche la noche encima, que esto de que te anda por aquí el espirituado te es mala señal. (Yendo hacia Pilar.) Y óyeme, Pilariña: no me pareció mal que te rieras, que don Enrique se alegraba mucho... Yo... yo hacía todo esto para darle satisfacción, porque él te creía que yo estaba chiflado... (Saca un papel del bolsillo.) Toma: dale esto cuando me vaya..., ¡a ver qué es lo que dice; (Riendo con suficiencia.) Léelo, léelo si quieres... (Confidencial.) Mira: pensé que como le gusta tantísimo eso de la pesca, y ya sabes también que los percebes le gustan a rabiar, pues... (Solemne.) ¡le nombré Ministro de Marina! ¿Qué te parece?

PILAR.—(Procurando reprimir la risa.) Muy bien..., bien, don Manoliño!

D. MANOLIÑO.—(Abriendo los brazos.) Era lo menos que podía hacer por ese hombre, Pilariña. Bueno; ¡y me voy, que aún tengo que ver a don Luquiñas! ¡Que también me acordé de él!

PILAR.—(Riendo.) ¿También?

D. MANOLIÑO.—(Dándole la mano.) Sí. Adiós, Pilariña...

PILAR.—¡Que lleve buen viaje!

D MANOLIÑO.—(En el mutis hacia el foro.) Gracias. Y tú no tengas miedo por la luz eléctrica, que en cuanto llegue a La Coruña, pido la maquinaria, que aquí lo que me ma-

taba te era... ¡no tener teléfono! Adiós, doña Remedios... Hasta la vista, que ya algún día vendré a visitarlas...

D.ª REMEDIOS.—Ya sabe que nos alegraremos... ¡Adiós!

PILAR.—(Riendo.) ¿Oíste, tiiña? ¡Y creíamos que estaba curado! (Intenta hacerle una fiesta, y la tía, seriamente, la rechaza, entrando por la izquierda. Pilar la ve marchar, moviendo amargamente la cabeza. Suspira y se pone, al fin, a leer el papel de don Manoliño. Al cabo de unos segundos de lectura ríe, mientras sale precipitadamente por la derecha ENRIQUE.)

ESCENA XXI

ENRIQUE.—Diga: don Manolito... (Mirando.) ¿se marchó ya?

PILAR.—(Sin levantar la vista, sonriente.) Aun le va por ahí...

ENRIQUE.—(Hace ademán de salir y viene hacia ella.) Muy sonriente está hoy... (Acercándose a ella.) ¿Buenas noticias, Pilar?

PILAR.—(Separándose seria.) Sí. Para usted le son muy buenas.

ENRIQUE.—(Volviendo a acercarse.) ¿Ofendida aún? (Ella, separándose, lo mira seriamente.) Pero..., ¿no me perdonó todavía? Las mujeres perdonan siempre los pecados que inspiran, Pilar; ¿usted no?

PILAR.—Yo, no, señor. (Mirándolo.) ¿Sabe lo que estuve haciendo esta tarde? (Ante un gesto.) Pues le estuve en su cuarto haciéndole la maleta...

ENRIQUE.—¿En mi cuarto? (Sonriendo.) ¡Qué lástima no saberlo!

PILAR.—(Con ironía.) Le hubiera sido lo mismo que ayer en el monte, don Enrique; que no le soy una señorita de la ciudad... (Enrique sonríe.) Entonces, se va mañana, ¿verdad...?

ENRIQUE.—¿Mañana? Me parece que no, Pilar.

PILAR.—¿No? Pues le enseñaré a mi tía las mazaduras de mis brazos y le diré qué clase de hombre es usted.

ENRIQUE.—(Acercándose.) Eso sí que no me lo perdono: haber lastimado esos brazos, que tienen que ser tan hermosos...

PILAR.—(Mirándolo.) Yo no le creía que había hombres

como usted... ¿Le es así como consigue a las mujeres, por la fuerza?

ENRIQUE.—(Mirándola y tras una pequeña pausa.) Como sea. Y usted, Pilar, será para mí..., ¡como sea! (Avanzando otra vez hacia ella, excitado.) ¡Como sea, como tú digas, el tenerte en mis brazos! ¡Como tú digas, Pilar!

PILAR.—(Separándose, serena.) De ninguna manera, don Enrique.

ENRIQUE.—¿Por qué? (Hace una pausa, sonriente. Luego, serio.) ¿Ni aunque me case contigo?

PILAR.—Menos. Que ya le dije que... que le tengo asco, don Enrique... Y dispense...

ENRIQUE.—Pero..., ¿por qué?

PILAR.—¿Y yo qué sé?

ENRIQUE.—(Dando unos pasos agitados por la escena y mirando, tras una pausa.) Caerás, Pilar... ¡Caerás!

PILAR.—(Con ironía.) Si le tropiezo, puede que me caiga, sí, señor.

ENRIQUE.—(Sonriendo.) Otras tan duras como tú... ¡tropezaron!

PILAR.—(Mirándolo.) Tropezarían, sí. (Con tristeza y rencor.) ¡Tropezarían! (Iniciando el mutis.) Ya sabe que tiene la maleta lista y que el coche pasa a las nueve...

ENRIQUE.—(Sonriendo.) Pero... ¿qué disculpa doy para una marcha tan repentina, Pilar? A más de que no pienso irme, desde luego.

PILAR.—¿Disculpa? ¡Cualquiera! (Dándole el papel.) Esta misma... Tome: lo hizo don Manoliño Ministro de Marina, y tendrá que ir a Madrid, claro, que es donde le están los ministros. (Sale, mientras Enrique la ve marchar, moviendo la cabeza, sonriente. Luego se pone a leer el papel y se ríe, mientras lee. Por el foro, abatido, entra JAIME, y Enrique lo mira, volviendo a su lectura.)

ESCENA XXII

ENRIQUE.—(Riendo.) ¡Oye, Jaime! ¡Vaya plancha! Escucha esto: (Leyendo.) "Yo, don Manuel Lourido Moleiro, investido de la alta autoridad precisa y suficiente... (Se interrumpe, riendo, y corta su risa al ver la intensa mirada de Jaime.) ...Vengo en nombrar..." ¿Eh? ¿Qué me miras?

JAIME.—(Tras una pausa y con voz opaca.) Te ríes... Te ríes y ella murió y... y te quería...

ENRIQUE.—(Sorprendido, dando un paso atrás.) ¿Qué dices? Yo... yo no sé nada de lo que estás diciendo.

JAIME.—(Mirándolo.) ...y tú te ríes... (Avanzando lentamente hacia él.) Pero... ¿quién eres tú? ¿Qué eres tú? (Mirándolo muy de cerca a Enrique, que no se mueve.) ¿Qué tienes que ser..., ¡tú!, para haber logrado su amor? (Escrutándolo.) No comprendo... ¡No comprendo! Ni que te rías, habiéndola perdido... (Señalándole los labios con un índice tembloroso.) ¡Te ríes, con esos labios con que la besaste, con esos labios que... (Agarrándole la boca en un impulso incontenible.) ¡¡Oh!!

ENRIQUE.—(Desasiéndose de un manotazo.) ¡Quieto, Jaime, quieto! (Jaime lo agarra por las solapas.) ¡Suelta! Hablemos lo que quieras, pero... ¡suelta!

JAIME.—(Reconcentrado.) ¡Canalla! (Echándole las manos al cuello.) ¡Que voy a matarte!, ¡¡matarte!! (Entra PILAR por la izquierda, que dá un grito y va hacia ellos.) ¡Matarte!

ENRIQUE.—(Iracundo.) ¡No me agarres, te digo! (Forcejean y Pilar intenta separarlos.) ¡Suéltame, Jaime! (Le da un violento empujón y lanza a Jaime hasta la artesa, tambaleante. Pilar da un pequeño grito y Jaime, recobrándose, vuelve a acometerlo.) ¡Que estés quito, te digo! (Le retuerce fuertemente un brazo y Jaime, contorsionándose, hace un gesto de dolor incontenible.) ¡Quieto! ¡Así!

PILAR.—(Increpándolo.) ¡Canalla! ¡Déjelo! ¡Déjelo!

ENRIQUE.—(Excitado.) ¡No insistas! ¡No me obligues a emplear la violencia! ¡Déjame ya! (Jaime se debate y Enrique vuelve a despedirlo de sí con un empujón, que lo vuelve á lanzar contra la artesa.)

JAIME.—(Palpándose nerviosamente los bolsillos y moviendo prolongadamente la cabeza, habla con amargura.) ¡También en esto me vences, tú¡ (Sollozando con la ira.) ¡Pero te mataré! Con esa boca que la besaste, escupirás sangre negra, ¡podrida! (Con voz ronca.) ¡Y yo estaré encima de ti para reírme de tu sangre! Pilar, sollozando, lo contiene y hace desesperadas señales a Enrique para que se vaya.) ¡Canalla! ¡Canálla!

ENRIQUE.—(A Pilar.) Será mejor que me vaya... (Iniciando el mutis por el portón.) Ahí espero... ¡Que me traigan la maleta! (Se aprovecha el momento de la refriega para rebajar la luz, quedando la escena con la luz crepuscular, que entra por el portón, y la de la lamparilla encendida.)

JAIME.—(Iniciando el mutis hacia la izquierda.) ¡Escapa! ¡Escapa! (Viéndolo salir.) ¡No irás lejos! (Pilar apre-

suradamente intercepta la puerta de la izquierda.) ¡No irás lejos!

ESCENA XXIII

PILAR.—(Conteniéndolo.) ¡Estate quieto, Jaimiño!

JAIME.—(Con violencia.) ¡Déjame!

PILAR.—(Llorosa.) No te dejo, no; que vas por la pistola que tienes en tu cuarto... ¿Te crees que no lo sé? Pero no te está allí, que la tengo yo.

JAIME.—¿Tú? ¿Para qué la tienes tú?

PILAR.—(Llorosa.) ¿Y para que decías todas aquellas cosas de morir?

JAIME.—Pues dámela... ¡Dámela! (Pilar niega dulcemente.) Pero..., ¿no comprendes? ¿No ves que no podré vivir mientras viva ése? ¿No comprendes que.... (Se interrumpe, llevándose una mano a la nuca y contorsionándose algo.) ...que... ¡Oh!

PILAR.—¡Jaime! ¡Jaimiño! ¿Qué tienes? (Jaime se recobra y da unos pasos titubeantes por la escena.)

JAIME.—(Tras una pausa larga.) ¿Por qué no aceptarlo así? Mi amor había hecho de ella una diosa... (Cruzando la escena, en dirección al sillón que está en la derecha, de espaldas a la cómoda.) Y vino ése, que no vió en aquella pobre mujer más que lo que había: una pobre mujer... (Pasándose las manos por la frente.) Una pobre mujer que murió... hace veintitrés días... Y ella... Pero... ¿por qué? ¿Por qué? (Sentándose, abatido.) ¡Oh, qué cansado estoy! (Reclinándose en el sillón.) Cansado, muy cansado...

PILAR.—(Viniendo hacia él.) Te son los nervios, Jaime. (Colocándose detrás de él y acariciándole tímidamente la cabeza.) Te son los nervios, ¿sabes?

JAIME.—(Con los ojos cerrados, mientras se va amortiguando la luz.) Tengo que olvidar todo, Pilar. Ella aún vive en mi alma, que es como viven los muertos... También aquí tiene que morir... (Pilar sigue acariciándole la cabeza y hay una pausa.) ¿No viste tú también como me zarandeaba ése? (Riendo con amargura.) Supo vencerme en todo... Y me venció en el amor porque es más fuerte, más bestial..., más... (Se contiene, llevándose una mano a los labios.) Pero... ¿Por qué es el amor así? ¿Por qué es así la vida, también? (Pausa.) Y yo..., yo no sé de qué está hecho mi dolor de ahora... ¡Era tan dulce antes! Pero ahora está envenenado de ira, de rencor y de vergüenza... ¡merecida! ¡De fracaso, de derrota ante otro hombre!

PILAR.—¡No!

JAIME.—(Sordamente y con desesperación.) ¡Tengo que matarlo!

PILAR.—¡No, Jaimiño! (Pausa en la que ella mira a su alrededor.) Casi no se ve ya y... Es que te iba a decir que... (Confusa.) Que no es verdad eso que dices de que vale más que tú, porque..., porque... ¡ye te... quiero! (Una pequeñísima pausa y Jaime esboza el gesto de volverse a ella, que lo contiene.) ¡No te vuelvas! (Temblorosa.) No te lo diría nunca, como no te lo dije en los años que hace que viniste a la aldea, cuando te casaste con ella. (Jaime esboza otro ademán de volverse.) ¡No, no te vuelvas, Jaimiño! (Casi llorando.) Ya no te podré mirar nunca a la cara, pero te estoy contenta, ¿sabes?, que es mentira eso que decías... Que ese hombre te anda dentrás de mí como un loco y yo..., yo pensaba en ti y era a ti aunque tú no lo supieras nunca.

JAIME.—(Pretendiendo volverse.) ¿Qué dices, Pilar? ¿A tí?...

PILAR.—(Suplicante y sujetándolo por los hombros.) ¡No me mires!

JAIME.—(Con admiración.) ¿Y tú?... ¿Supiste resistirle... tú?

PILAR.—(Con sereno orgullo.) Yo..., yo te quería, Jaimiño.

JAIME.—(Angustiado, echándose manos a la cabeza.) ¡Oh, Isabel! (Pilar, a sus espaldas, como toda la escena, hace un gesto de desaliento.) ¡Isabel!

PILAR.—(Temblorosa.) Ya sé... Ya sé que es muy poco para ti mi cariño... Pero te lo dije porque estabas triste, para que veas que eres más que ese hombre, que lo eres.

JAIME.—(Abatido.) Ya comprendo, Pilar, ya comprendo... (Cogiéndole una mano que ella tiene sobre su hombro.) Y no sabes cuánta gratitud hay en mi ama para ti... Pero en mi alma ya no hay más que ruinas y es..., es como la tumba de un recuerdo maldito que también se pudre...

PILAR.—(Dulcemente.) Perdónala, Jaime, y reza por ella, que te tiene que estar pagando su pecado... ¿No te dará pena pensar que pueda que ande con los pobriños penitentes del infierno frío?

JAIME.—(Riendo con sarcasmo.) El infierno es éste, ¡el mío! Y el perdón, ¡que venga ella a pedírmeo si queda algo más que lo que está sepultado allá arriba, en el cementerio!

PILAR.—(Con temor.) ¡Calla! ¡Calla! (Pausa.) ¿Vas a ir mañana a llevarle las flores que... tiraste? (Jaime niega.) ¿No? (Con amargura.) Es que la quieres aún con amor de viva y por eso no la perdonas, que cuando se quiere no se perdona. Y está muerta. Jaimiño... (En un grito y llorosa.) ¡Muerta!

JAIME.—Sí; muerta. Ya de ella no queda nada y me estoy rebatiendo con sombras... (Pilar, a su espalda, hace unos gestos de desesperación a la fotografía de Isabel.) Está muerta, sí, fuera ya de mi rencor y de..., de todo. ¡Está muerta! Nunca vino a mi cuarto cuando la llamaba en la obscuridad de mi habitación... (PILAR, con discretos gestos de desesperación, sale sigilosamente por la derecha.) Cuando la llamaba y me dolían los ojos de tanto mirar en las sombras que eran tan negras, Pilariña, como si yo también estuviera enterrado... Porque yo..., yo aun no sabía esto y lloraba, Pilar... Se me enfriaban las lágrimas en la cara y me parecía que eran sus dedos fríos que me acariciaban... Y yo decía: "Ven, Sabeliña, que yo te vea", y parecía que en las sombras había algo que me escuchaba y que vivía y que era una sonrisa negra... (Se empieza a oir, muy tenue, una melopea dulce y triste. Si es con los coros, pueden ejecutarse "La plegaria", de Gounod, a boca cerrada. Puede sustituirse con un disco: "Procesión nocturna", de Rabaud.) ¡Todo una sonrisa que...! (Incorporándose.) ¿Qué es eso? (La cantinela se intensifica, salpicada del tenue tañido de una campanilla.) ¿Oyes Pilar? (Mirando a su alrededor.) ¡Pilar!

ESCENA XXIV

(JAIME, de pie, contempla cómo por la puerta del foro, en penumbra, cruzan pausadamente las sombras blancas de la Santa Compaña, provistas de pequeños cirios de luz amarillenta y difusa. Entre el público y las sombras hay extendido un tul blanco que ya está colocado al alzar el telón para el segundo acto y que tiene por objeto deshumanizar las figuras. Hay como una fuerte corriente de aire y vuelan unas cortinas, unos papeles. La salmodia se intensifica y hay rumores de rezos y sollozos apagados. Una de las figuras se detiene en el foro y desde dentro, la iluminan. Jaime da un grito estridente mientras que ISABEL alza las manos y las cruza en una lenta y muda súplica, reanudando su marcha seguida de otras sombras. Jaime extiende sus brazos hacia la aparición, oyéndose la voz de PILAR desde el interior.)

VOZ DE PILAR.—¡Jaime! ¡Jaime!

ESCENA XXV

PILAR.—(Entrando con un candelabro encendido y encendiéndose súbitamente la escena. **¿Por qué gritaste?** (Jaime, con los brazos extendidos, va lentamente hacia el foro, mientras que por la izquierda entran POUCA COUSA y DOÑA REMEDIOS, que miran asombradas.) **¿Qué tienes?** (Se oye, distintamente, el tintineo de una campanilla.)

ESCENA XXVI

POUCA COUSA.—¡Te es la Santa Compaña! ¿Non oyes la campanillla! ¡Sujétalo! ¡Pilariña! (Pilar, dando un grito, agarra a Jaime, que sigue avanzando, arrastrándola.) **¡De rodillas, neniña, de rodillas!** (Pilar, sollozando, se tira a sus pies y se abraza a sus rodillas.) **¡Venga, señora, que hay que hacerle la cruz!** (Pouca Cousa y doña Remedios se arrodillan, interceptando la puerta con los brazos extendidos en cruz.)

JAIME.—(Deteniéndose ya y dejando caer los brazos.) **¡Sabeliña!** (Doña Remedios da un grito ahogado y se echa las manos a la cabeza.) **¡Sabeliña!**

POUCA COUSA.—¡Que Dios Nuestro Señor perdone a las ánimas en pena!

D.ª REMEDIOS.—(Juntando las manos. **Y tú también, Jaimiño...** (Sollozando.) **¡Perdón para mi hijiña! ¡Perdónala, que te lo pido así, de rodillas!** (Jaime se cubre el rostro con las manos y hay una pausa en la que se oyen los sollozos de doña Remedios. Se oyen unos pasos titubeantes y aparece cruzando el foro ENRIQUE, despeinado y con expresión de estupor, siguiendo el rastro.) **¡Perdónala!**

JAIME.—(Sin descubrir el rostro.) **¡Te perdono, Sabeliña!... ¡Sabeliña!** (El foro se ilumina con un vivo relámpago y Enrique parece recobrarse del estupor. Doña Remedios alza los brazos al cielo, sollozando con la alegría, mientras que Enrique, tembloroso, entra y se dirige a Jaime, tambaleante. Le quiere decir algo, señalando al foro, y cae de rodillas ante él, sollozando y extendiendo una mano que tiembla violentamente.)

FIN DE "EL INFIERNO FRIO"

TALIA

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

NÚMEROS PUBLICADOS

PRÓXIMO NÚMERO

¡Cuidado con la Paca!

Comedia en tres actos, de JOSE DE LUCIO

T A L I A

REVISTA DE OBRAS TEATRAL

A L I A

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

PROXIMO NUMERO

Cuidado con la Pac

Comedia en tres actos, de JOSE de LUCI

EN PREPARACIO

La señorita Pigmalión o el ladrón de gallin

de ADOLFO TORRADO

Entre cuatro parede

Comedia en tres actos, de PEDRO MUÑOZ SECA

EL JARDIN SECRET

Comedia dramática en tres actos de HORACIO RUIZ DE LA FUEN

Precio 2 pt